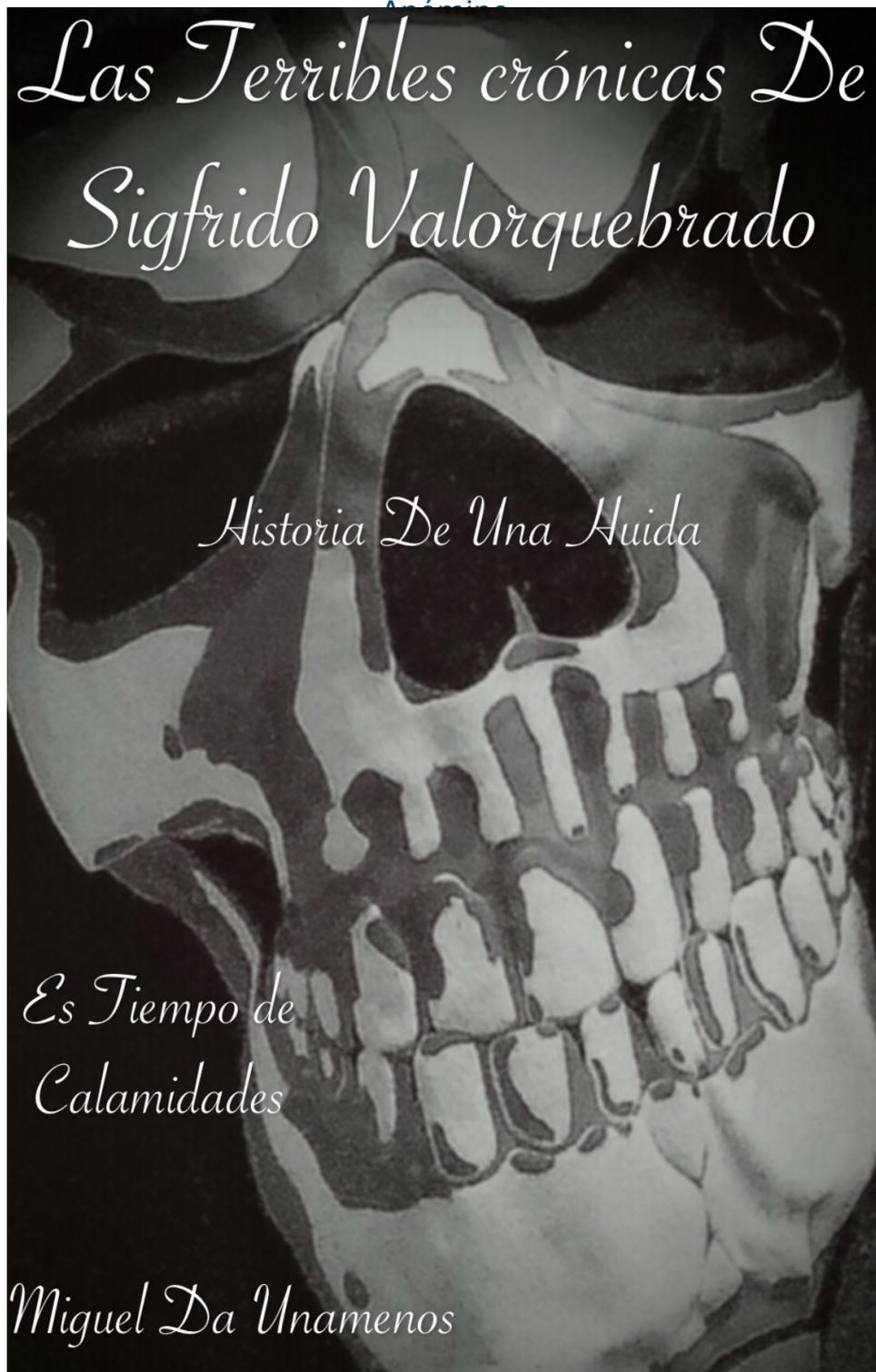


Las Terribles Crónicas de Sigfrido Valorquebrado (11. El Olvido).



# Capítulo 1

Nota del autor.

Saber debo hacer al lector que lo que a continuación viene poco o nada podría tener que ver con lo que espera, pues no son trascendentales reflexiones lo que aquí encontrará, sino un puñado de palabras torpemente hilvanadas producto de una locura, la mía, de la que mucho no cabe esperar salvo disparates y sinsentidos, que mejor es dejar que aflore la verdad a luego ser desmentido por no haber a tiempo advertido. No obstante, si se mantiene, amiga o amigo, en sus trece y continúa con la lectura de esta mala historia, sea bienvenida o bienvenido a la fantasía a la que mi mente, cuerda o demente, ha dado forma sin que nadie más que yo mismo se lo haya mandado. Nada. Nada en absoluto le prometo en adelante, pues sólo cabría esperar entonces que incumpliese la palabra dada, quedando yo mal retratado y no muy bien mirado.

Once episodios le ofrezco de momento para alegría mía y preocupación suya. Once más habré de traer si capaz lo soy yo de hacer. Y no diciendo más, pues más no se me ocurre para bien o para mal, ábrase el telón y cobre vida mi ilusión, pues en esto yo he puesto mucha garra, no poco amor, y mi escaso ingenio, que, aunque mucho no es, menos es nada.

Esperando sepa perdonar la ironía de estas líneas, agradecido le quedó por haber llegado hasta aquí.

Buen viaje le deseo si decide seguir.

## Capítulo 2

### 1. Rumores de guerra.

Cuando a oídos de Sigfrido Valorquebrado de Pocascasas llegó el rumor de una guerra en ciernes, éste, imaginando tan terrible acontecimiento del modo en que en sus cantares era descrito por juglares y trovadores, en los que hablaban sólo de grandezas y heroísmos, y callaban la ruina y desolación que tales hazañas dejan como herencia, sopesó para sus adentros la idea de abandonarlo todo e ir en busca de los ejércitos contendientes, el primero con el que se topase, con objeto de tomar parte en las batallas venideras y, como guerrero, poder alcanzar la gloria con la que tanto soñaba y que, al ser labriego, oficio impuesto por haber nacido hijo de campesinos y no por haberlo él querido, le estaba vedada.

Era el tal Sigfrido un joven inexperto, incapaz de comprender aún que el mundo iba mucho más allá de lo que podían ver sus ojos o alcanzaba su conocimiento, que era escaso, por lo que su reflexión acerca de este asunto resultó ser menos profunda de lo que a sí mismo se decía, convencido de haber contemplado todos los pormenores de lo que pretendía cuando, en realidad, dejaba una gran cantidad de cabos sueltos.

Aquella noche, habiendo ya resuelto partir en el más estricto secreto, el muchacho trataba de hallar la forma más adecuada de llevar a cabo su plan. Lo hacía mientras cenaba junto con sus padres, que estaban enfrascados en una conversación que giraba en torno a lo que podría afectarles la contienda si los enfrentamientos se daban demasiado cerca de la comarca o, peor aun, dentro de la misma, posibilidad esta última que generaba en el matrimonio una gran inquietud. Sigfrido, en cambio, guardaba silencio, haciendo como que escuchaba con atención, mas sólo ideaba para sus adentros cómo actuaría cuando todos durmieran, momento que parecía no llegar nunca. Fue su impaciencia, precisamente, la que, junto con su ingenio, le llevaron a originar un sencillo plan en el que se ánimo a empujar a sus progenitores al lecho cuanto antes, y que consistía en marcharse él a dormir con antelación, buscando de este modo generar en ellos una acción similar. La estrategia, sin embargo, aunque logró sorprender a su madre, ya que solía ser el último en acostarse, no funcionó como había pretendido, pues la charla de sus mayores se dilató hasta adentrarse en los inicios de la madrugada, para desesperación suya.

La humilde casa en la que residían contaba con una única estancia donde era hecha la vida cuando los que la habitaban, es decir ellos, no se encontraban trabajando, lo que suponía que estuviese vacía la mayor parte del tiempo. Todo en ella rezumaba pobreza, y además de una mesa y unos taburetes de aspecto hosco, había un viejo caldero, en cuyo

interior era echado todo lo que pudiera comerse, que solía ser poco y malo, y que colgaba sobre un fuego que apenas calentaba, pues pasaba más tiempo apagado que encendido a causa de una perpetua escasez de leña. En los extremos, separados por la mesa, habían sido apilados dos montones de paja, uno más grande que otro, que, a falta de algo mejor, servían de cama a Sigfrido y sus padres. En cuanto el muchacho, que fingía soñar, percibió que éstos al fin dormían, concluyó satisfecho que había llegado el tan esperado momento de ponerse en marcha.

Con sigilo, se puso en pie y, en la oscuridad, tanteó en busca del candil con el que habían estado alumbrándose durante la cena. No tardó en hacerse con él, encendiéndolo con ayuda de un fósforo que halló a tientas, y del que se desprendió una vez le había sido de utilidad. El interior de la vivienda se iluminó de inmediato, aunque no de un modo deslumbrante, pues la llama de la lamparilla era más bien débil. No obstante, Sigfrido, que prefirió ser cauto, mitigó su efecto echando un trapo sobre ella, propiciando que las sombras volvieran a acecharle desde todas partes, aunque de una forma menos siniestra que antes de que prendiese la cerilla, de las que muchas vio, caóticamente esparcidas sobre una esquina de la mesa. Las cogió todas.

Viéndose al fin capaz de moverse sin miedo a tropezar, aunque para ello debiera prestar mucha atención, el muchacho empezó a registrarlo todo, encontrando un viejo morral, del que se apoderó, y con el que se arrimó a la pequeña despensa, de cuyo interior era dueña y señora la triste carencia. Aun así, ni corto ni perezoso, la vació por completo, echándolo todo en el macuto y, por consiguiente, no dejando nada a sus padres, que dormían plácidamente, ignorantes de cuanto hacía su insensato hijo. Un fugaz e inesperado atisbo de compasión hacia ellos, pues en absoluto era malvado, hizo que les dejase un mendrugo de pan a cada uno, para cuando despertasen. Una vez aplacada su conciencia, y dando por sentado que sus progenitores, a los que acertadamente tenía por resueltos, sabrían reponer la despensa, fue sin prisas hacia la puerta, la cual abrió procurando evitar el más nimio chirrido. Tras una última mirada adentro, que respondía a un extraño sentimiento, una suerte de súplica a la que no atendió, salió y cerró tras de sí, más que dispuesto a seguir con su propósito, que consideraba noble y necesario.

Al verse fuera, enfrentado en soledad a la inmensidad de la tenebrosa noche, Sigfrido se sintió demasiado pequeño como para dar un paso al frente, así que permaneció quieto un largo momento junto a la puerta, hasta que cayó en la cuenta de que el trapo que echase antes sobre el candil mitigaba en demasía la luminosidad del mismo. Lo retiró nerviosamente y, para alivio suyo, la luz se propagó algunos metros más a su alrededor, permitiéndole ver algo allí donde antes no había más que tinieblas. Sin embargo, ni mucho menos gozaba de la claridad del día, y la densa negrura, terrible, se extendía por doquiera que mirase. Acogojado, el joven se adentró al fin en la opacidad. Lo hacía con extraordinaria

lentitud, alerta a todo sonido que pudiera parecerle digno de recelo, lo que, en tales circunstancias y tratándose de él, tan dado a echar cuentas a fantasmas y otras entidades similares pese a no haber visto nunca nada que pudiera serlo ni asemejarlo, le llevaba a otorgar a cualquier susurro, por insignificante que fuese, una importancia de la que en absoluto era merecedor.

Así, con el alma en vilo, haciéndose apenas una idea de por dónde iba, ya que andaba prácticamente a oscuras, Sigfrido fue dejando atrás la villa que lo había visto nacer y crecer. Los hogares que la formaban no se agolpaban entre sí como ocurría en la mayoría de asentamientos, sino que se hallaban desperdigados a lo largo y ancho de un pequeño valle que, sin más ánimo que el de simplificar, que se dice es de sabios, recibía el mismo nombre que aquella localidad; Pocascasas, habitada por gente que, sin ser ni buena ni mala, unas veces se sonreían los unos a los otros, mientras que otras se maldecían, según dictase la ocasión.

De súbito, algo golpeó en el pie al muchacho, que dejó escapar un penoso lamento al tiempo que daba un nervioso brinco atrás. Nada en derredor, salvo tinieblas, descubrió al atisbar agitado. Pero al mirar hacia abajo, interesándose por su afectada extremidad inferior, que seguía muy entera, acertó a ver un chusco que quiso parecerle familiar. Rápido pensó, y no teniendo más opción, ojeó el morral, encontrándolo casi vacío y con un buen agujero en su fondo, por donde todo lo que faltaba debió haber caído. Con desazón, anudó el macuto por el extremo de la abertura original y lo puso del revés, obteniendo así una nueva base, y dejó el roto como única entrada y salida. Entonces, tomó el mendrugo del suelo y lo devolvió al interior del saco. Tras discurrir brevemente y concluir que sería la mejor opción, volvió cuidadosamente sobre sus pasos y recuperó algo más de lo perdido, pero temiendo retroceder tanto como para ceder a la tentación de regresar a casa, pues algo se conocía, y asumir de ese modo una derrota que podría pesarle al despertar, se dio por satisfecho con lo capturado y continuó con su marcha nocturna, no deteniéndose hasta que su estómago le rugió de hambre, lo que ocurrió pasado un buen rato y encontrándose a una considerable distancia del hogar.

Fue al abrigo de unos árboles, cuyas siluetas le parecieron fantasmagóricas en un principio, que Sigfrido hizo un alto y comió. Después, se acomodó y durmió, dejando encendido el candil, pues se resistía a la idea de quedarse del todo a oscuras, aunque poco le restaba ya a la noche.

La lluvia despertó al muchacho bruscamente. Éste, sorprendido, buscó refugio bajo unas ramas de hojas apelmazadas. De súbito, tuvo un oscuro presentimiento que le ensombreció el ánimo, y creyó recordar que, en lugar de soñar apaciblemente, había sido visitado por horrendas pesadillas que habían agitado el poco descanso del que había disfrutado.

## Capítulo 3

### 2. El hallazgo.

Unas veces sentado, otras en pie, de ambas formas con la espalda apoyada en el rugoso tronco de un roble cuyas retorcidas raíces asomaban de la tierra y en ella volvían a adentrarse, Sigfrido aguardó a que escampase, lo que ocurrió recién entrada la mañana. Hasta entonces había permanecido atento al sonido del agua al caer, algo que siempre le sumía en un profundo y placentero estado de obnubilación, lo que no quiere decir que le agradara el hecho de descubrirse luego empapado, pues pocas cosas le hacían padecer mayor incomodidad que bregar con ropa mojada. No obstante, pese a las precauciones tomadas, que fueron las que tuvo a su alcance y en las que reparó, no le quedó mas remedio que asumir del mejor modo posible que había acabado calado hasta los huesos.

Sigfrido suspiró y echó a andar. La tierra, embarrada, se hundía bajo sus pies a cada paso que daba. Y el agua de los charcos, que los había innumerables, se volvía turbia toda vez que en ellos se adentraba, pues el cansancio le inducía, cada vez más, a no dar rodeos pensando que, después de todo, se trataba de elegir entre caminar sobre un lodazal o hundir los tobillos en los humedales. Hallaba cierto regocijo, eso sí, en el característico olor que deja la lluvia al caer en el monte.

Un extraña protuberancia en el terreno, que ascendía de forma curiosa, llamó la atención del joven, que se había dirigido en todo momento al Norte. Allí, una parte de la elevación, que apenas le llegaba a los hombros, le pareció que se había venido abajo por efecto de la grave erosión propiciada por el intenso chaparrón. Sigfrido, que hizo un alto, contempló embobado el pequeño montículo y sintió una curiosidad que le impulsó a husmearlo. Suponiéndose libre, pues nadie lo miraba, o eso pensaba, se acercó con lentitud y trepó sin dificultad por el lado que le resultó más sencillo, para lo que debió desprenderse antes del candil, el cual había dejado en el suelo, a las faldas de la diminuta prominencia.

Ya en lo alto, Sigfrido comprobó que, en efecto, tal como interpretase, la tierra se había desmoronado. Aparte de eso, no encontró a simple vista nada que le pareciera interesante, sin embargo, sus manos, guiadas por un irrefrenable empuje, similar al que le había llevado a arrimarse, fueron apartando el barro y no tardó en palpar una suerte de objeto que, sopesó, debía ser metálico o hecho con algún material semejante. Añadió entonces más brío a lo que hacía, descubriendo una vieja camisola de mallas que cubría el torso de alguien que ya no estaba entre los vivos. Una vez tuvo esto del todo claro, pues se había resistido a creerlo en un principio, retrocedió espantado, casi llegando a caer, y sintió una gran agitación crecer en su interior, después, quedó inmóvil, sin saber muy

bien qué hacer ni viéndose capaz de alcanzar a saberlo en breve.

Finalmente, diciéndose que aquel montículo era una vieja tumba que no debía seguir desbaratando como lo había estado haciendo, Sigfrido, contrariado, consideró seriamente la opción de marcharse, mas, tras reflexionar, concluyó que no había sido él quien ocasionara su destrozo, sino que fue el azar el causante de hacer que su camino le llevase hasta allí y lo que le indujo a cavar en el lugar donde la lluvia más daño había hecho. Así, creyendo que, yendo él a una guerra, no podía ser aquello sino una señal de cómo debía obrar al haberse topado con los restos de algún célebre guerrero de la antigüedad, probablemente caído en desgracia tras alguna refriega olvidada, volvió el muchacho a aproximarse al cuerpo y siguió desenterrándolo, convencido de seguir, quizás, los designios del cielo, que le ofrecían las reliquias que allí encontrase para que las usara en beneficio propio y pudiera alcanzar una grandeza que nadie olvidaría en los años venideros. Y, siendo preso de sus fantasías, con esa ingenua e insensata idea, posible sólo en su cabeza y en las de como él pudieran ser, se entregó Sigfrido a la exhumación del cadáver, no deteniéndose hasta haberlo liberado por completo de aquel sepulcro, lo que le llevó un buen rato y mucho esfuerzo.

Una vez el muerto podía ser sacado al exterior sin demasiadas complicaciones, Valorquebrado, que debió reprimir algunas arcadas, lo asió por las axilas y tiró de él, arrastrándolo afuera y dejándolo pronto en el suelo, donde lo contempló una vez más. Su cabeza, la del muerto, otrora llena de vida, ahora en los huesos, como lo demás que de él quedaba, era protegida, o esa debió ser la intención en su día, por un vistoso yelmo venido a menos. Con su mano diestra aferraba una espada con la que pudo haber sido temible en aquellos tiempos en los que le fue posible esgrimirla, a saber con qué intenciones. Todo ello, incluido la armadura, estaba cubierto de tierra y muy lejos de lucir como nuevo por muchos cuidados que se le dieran. Aun así, el joven desproveyó al cuerpo de sus pertenencias procurando no atender al rostro del fallecido y, tras limpiarlas con más prisa que buen hacer, hizo uso de ellas, vistiendo la camisola sobre sus mojadas prendas y colocándose el yelmo en la testa. Por último tomó la espada. Y tuvo la sensación de ser recorrido por una suerte de emoción que, inducido por su propio discurrir, tan singular, tomó por el despertar de su yo heroico, que, se dijo, debía ser quien le hacía obrar de aquel modo, tan impropio de todo campesino que tuviese la cabeza en su sitio y no donde él la tenía, que era bastante lejos del lugar que ocupaba su desgarrado cuerpo, observación esta última que el joven, falto aún de las suficientes entendederas, no había contemplado.

Concluyendo que debía familiarizarse cuanto antes con sus nuevas posesiones, Sigfrido Valorquebrado comenzó a lanzar estocadas al aire sin ton ni son con el recién saqueado fiambre como único testigo de lo que hacía, que lo hacía mal de veras por no entender nada de espadas ni de su manejo en la batalla salvo lo escuchado en los cantares, que no

siempre eran bien entonados y mucho menos ciertos. Sin embargo, teniendo él una percepción muy distinta de sus propias aptitudes, o negándose a ver la realidad, fue cogiendo más confianza a cada golpe que daba, y llegó a creerse con un don natural para el combate, ya que la hoja del arma que empuñaba iba siempre hacia el lugar que se proponía, lo que, estando limitado en dicha competencia así como en otras tantas, y no teniendo con quien compararse, lo que ayuda a veces a hallar el sitio que a uno le corresponde, que no siempre ha de ser el mismo, le pareció más que suficiente. Así, se libraba de reconocerse a sí mismo que las formas de las que hacía gala no eran las más idóneas para lid ninguna, en las que sin duda habría sido objeto de las burlas y el menosprecio de no pocos oponentes, que tal era su incompetencia con el oficio de las armas en ese entonces.

Tras ensayar hasta el hartazgo, el muchacho decidió tomarse un descanso y llevarse a la boca un chusco de pan. Mientras lo hacía, miró al muerto cuyo descanso había profanado y se creyó en la obligación de rendirle algún homenaje. Luego de dar el último bocado se acercó a los restos, ante los cuales se arrodilló, y apoyó la punta de la espada en el suelo, sosteniéndola con ambas manos, temblorosas, por la empuñadura. A continuación, con toda la solemnidad que atesoraba, que no era demasiada, se obligó a fijar los ojos en el cadáver, tocó la cruceta con la frente, y se dispuso a hablar:

—Noble guerrero —empezó diciendo, aunque con los ojos cerrados, como queriendo alcanzar alguna suerte de misticismo a la que sólo él encontraba una explicación—, tu camino acabó aquí, en algún momento. Y justo aquí empieza el mío, ahora. Tu arma y demás enseres de guerra vendrán conmigo, acrecentando su leyenda, que desconozco, y dando comienzo a la mía, donde habrá sitio para ti en mi memoria. Adiós, fueses quien fueses.

Y no encontrando más que decir tras aquellas palabras, que tomó por las más apropiadas, se puso en pie, cargó con el macuto, el candil, y se echó la espada al hombro descuidadamente. Entonces caminó de nuevo, figurándose tener un aspecto aguerrido, que lo tenía en cierto modo, y respetable, lo que podría discutirse. Y, perdiéndose en su propia ensoñación, la cual contemplaba ahora muy a su alcance, Sigfrido se alejó de aquel lugar, olvidando, por ser de naturaleza distraída, devolver al sepulcro el cuerpo exhumado, cuyos huesos no tardaron en ser roídos por todo tipo de alimañas y otras bestias a las que nadie había visto ni dado nombre aún.

## Capítulo 4

### 3. La hueste.

Luego de aguardar a que escampase, lo que ocurrió después de dos horas que parecieron largos y penosos meses, Sigfrido, sin pensar en lo que hacía o no pensando bien, anduvo un rato, hasta que, exhausto de tanto trajín como llevaba y no dormir, se vio obligado a hacer un alto en el camino; una sencilla senda campestre bastante perjudicada por el intenso aguacero recién caído. Había seguido aquella misma vereda desde que saliera de casa, y le exigió toda su atención poder distinguirla del resto del terreno durante la noche, pues la oscuridad hace que muchas cosas parezcan lo que no son, más cuando quien lidia con ella no tiene los ojos acostumbrados a tales menesteres, si es que tal cosa es posible.

Siendo cauto, o pretendiendo serlo, prefirió ocultarse tras la densa vegetación que crecía a un lado del sendero. Allí, en un claro muy cercano, trató de hallar un rincón donde poder estirarse y no mojarse más de lo que ya estaba. Después de un rato de infructuosa búsqueda, comprendió que pretendía un imposible, así que se contentó con un palmo de tierra húmeda en el que no había charcos a la vista. Incómodo y no muy conforme, se acurrucó, dejando antes la espada y el resto del equipaje a su alcance, por lo que pudiera ocurrir, entonces dejó escapar un leve quejido, que fue seguido de un hondo y sentido suspiro que surgía de sus adentros, cuyas honduras eran mayores de lo que pudiera figurarse.

Sigfrido tenía el convencimiento de que, siendo de día y estando él tan lejos de estar en calma, le costaría cerrar los ojos, pero el cansancio, junto con el susurro de las hojas de los árboles, mecidas al son de una agradable y liviana brisa, además del trinar de los pájaros, le hicieron caer en un sueño que, aunque no fuese profundo, le haría recuperar algunas fuerzas. Fue en el instante antes de perder la conciencia que el muchacho supuso que, desde muy temprano, pues solían madrugar, sus padres deberían estar removiendo cielo y tierra para saber qué había sido de él, su hijo. Una ligera punzada de culpabilidad le recorrió el cuerpo, aunque muy fugazmente. Después, al fin, durmió, sucediendo que continuó con los malos sueños que le atormentasen hasta la venida de la lluvia, estando oscuro aún.

El muchacho despertó más tarde, agitado a causa de un gran estrépito que quebró la calma imperante hasta entonces. Aturdido y aún cansado, apenas sí pudo preguntarse qué hacía recobrando la conciencia en medio del monte y no en la seguridad del hogar. Una vez orientado, aunque no del todo, y recordando por qué estaba allí, centró su interés en los ruidos, que eran muchos y muy variados; surgían del otro lado de los matorrales y arbustos tras los que se había resguardado, y en ellos discernió el

sonido de unas voces que parecían provenir de un gentío que debía hallarse extraordinariamente cerca. Entonces identificó las fuertes pisadas de quienes lo formaban, así como el incesante golpeteo de lo que quiera que fuese que llevasen consigo, probablemente utensilios. De súbito, un cuerno de guerra resonó gravemente a no demasiados metros de donde se encontraba, lo que aceleró el ritmo de sus latidos. Raudo y tembloroso, Sigfrido tomó la espada y se colocó el yelmo, tras lo cual, abandonó su refugio y se asomó a ver qué sucedía, descuidando toda precaución.

Allí, frente a él, a apenas unos palmos de donde estaba, una hueste marchaba en columna de a tres a un ritmo poco exigente. Los hombres que la integraban, armados hasta los dientes, dialogaban distraídamente y reían las bromas de otros, casi siempre malintencionadas y fáciles de comprender, aun por los más incapaces, si es que se les daba alguna explicación, pues siempre había quien pedía algún tipo de aclaración sobre algo que no había entendido, lo que daba lugar a crueles burlas y nuevas risas.

Sigfrido centró un instante su atención en las lanzas y en los escudos, que los había de muchas formas, así como también se detuvo a admirar los estandartes y las banderas, habiendo poco en cantidad y variedad. Descubrió, en el transcurso de su absorta observación, que el entrechocar de todos aquellos artefactos de batalla al caminar quienes los portaban producían el tintineo que, junto con el resto de sonidos, había atraído su atención hacía tan solo un momento. Tal era su fascinación al contemplar cómo desfilaba aquella tropa que no se percató de la presencia de dos individuos que, habiéndole visto salir de entre los arbustos con una espada en la mano y bien ataviado para la lid, abandonaron la formación y se le acercaron con sincera curiosidad y no muy buenas intenciones. Cuando el joven fue consciente de que no estaba solo, lo que le llevó un momento, se volvió hacia ellos, y, durante un interminable segundo, puede que dos o alguno más, todos, los tres, se miraron en silencio.

—No te conozco. No eres de los nuestros. Diríase que has salido de una tumba, con toda esa herrumbre que llevas encima, espada incluida. Quizás su hoja fuese afilada en otro tiempo, pero ahora parece más peligrosa por la enfermedad que pueda propagar a quien la toque que al corte que pueda ocasionar a quien alcance —dijo uno de los hombres, de espesa barba y gran corpulencia. Pese a rondar la cincuentena, parecía capaz de aplastar cráneos con una sola de sus grandes manos, las cuales sopesaban una enorme hacha de doble hoja, ambas melladas.

Sigfrido, aunque no dijo nada, se sintió herido por aquellas palabras. Sin embargo, debía reconocer que, al menos en parte, debido al arma que empuñaba, al yelmo y a la cota de mallas, sí que era cierto que había salido de una tumba.

—No ofendas a este muchacho. Probablemente viene a recibirnos con los viejos pertrechos de guerra de algún antepasado muy lejano, y eso, en lo que a mí respecta, es digno de respeto —dijo en tono conciliador el otro, más delgado y aparentemente también más joven, a quien el sorprendido mozo no supo interpretar la pícaro expresión de su rostro—. Dime tu nombre, muchacho.

—Sigfrido Valorquebrado —respondió el interpelado, con voz trémula—. ¿Es esto un ejército que va a la guerra?

El hombre se volvió a contemplar a sus compañeros mientras éstos seguían marchando. Algunos atendían con descaro a la conversación.

—Sí. Somos un ejército. Y vamos a la guerra, aunque antes debemos unirnos a otros batallones —contestó el hombre, que ya miraba de nuevo al joven—. Nunca somos suficientes, Sigfrido, sobre todo cuando la sangre, la nuestra, está a punto de bañar el suelo que pisamos, aunque no me refiero a éste en concreto, sino a otro que hay más al Norte, ya sabremos cuál llegado el momento. Algo me dice que quieres acompañarnos. ¿Es así?

Sigfrido, que nunca hubiera imaginado encontrar una hueste tan pronto, prácticamente recién iniciado su viaje, fue víctima de una profunda conmoción. No pudiendo emitir palabra alguna, asintió con la cabeza.

—Siéntete libre entonces de adentrarte en la columna, donde quieras y te acepten.

El de gran corpulencia tomó de una mano al muchacho y la alzó enérgicamente.

—¡Éste es Sigfrido! —gritó con fuerza—. ¡Vendrá con nosotros a la lucha, llevándose la muerte o llevándose él la gloria, según lo merezca por lo que haga y cómo lo haga, al igual que nosotros! ¡Acogedlo como compañero de armas!

Todos miraron y escucharon con atención, pero nadie lanzó vítores ni aclamó aquel corto discurso, tras el cual, el joven, desconcertado, fue empujado con fuerza hacia la tropa. Nadie le hizo sitio, salvo el que marchaba en solitario en último lugar, que, además de lanza y escudo, portaba un libro que colgaba de su cinto por medio de una guita a la que estaba concienzudamente anudado, algo que Sigfrido tomó por insólito. Extrañamente, aquel hombre, pese a albergar una honda tristeza en sus ojos, poseía un semblante afable y bonachón, puede que el único entre todos los que allí había, y que tan ásperos y desagradables habían parecido al joven, contradiciendo su romántica idea de cómo debía ser un noble guerrero, creencia que respondía a su profundo desconocimiento de la naturaleza que rige la conducta del ser humano, de la que ni él quedaba

libre.

Conforme se alejaban, el joven caía en la cuenta de que dejaba atrás el macuto y el candil. Quiso haberse vuelto a por ellos, pero una voz interior, la de su intuición, que alguna tenía, le advirtió de que lo mejor sería no decir nada, pues percibía ahora una suerte de crueldad, que había pasado antes por alto, que contaminaba el aire que respiraba. A lo lejos, en septentrión, hacia donde iban, las montañas se alzaban majestuosas, impregnadas sus cimas de la blanca nieve. Una de ellas, Altocolmillo, como la conocían quienes sabían diferenciarla de las otras, se elevaba notablemente por encima del resto. En ella fijó la vista Sigfrido, que era presa de una creciente agitación.

—¡Qué hermosas vistas! Y los hombres, ciegos por la codicia, que es uno de los muchos nombres que tiene la locura, en lugar de pararnos a contemplarlas maravillados, preferimos encaminarnos a la guerra, donde sólo hallaremos lágrimas y devastación. ¿Qué somos? ¿Qué hacemos y por qué? Perseguimos vanas riquezas y dejamos pasar por alto éstas, que son eternas y de un valor incalculable, pues no siendo de nadie, todos pueden disfrutarlas. Quizás por ello no nos satisfacen, porque no podemos poseerlas y disfrutarlas en soledad, tal como hacemos con las joyas y el dinero —se lamentó quien marchaba al lado del joven, el del libro, con voz triste y hablando más para sí mismo que para otros—. Estamos locos de atar. Todos. Y no veo que tengamos remedio.

Sigfrido, que no entendió del todo lo que había dicho su vecino, guardó silencio.

## Capítulo 5

### 4. El extraño hombre del libro.

Bajo un cielo plagado de grises nubes, causantes del barrizal que era el suelo sobre el que se hallaban suspendidas, poco más de dos centenares de hombres aguerridos quebraban a su paso la natural quietud del campo, espantando a todo ser vivo que tuviera el infortunio de hallarse en su camino. Desde la retaguardia y por enésima vez, pues lo mismo había ocurrido en muchas otras ocasiones, Sigfrido fue testigo de cómo una bandada de pájaros que no pudo identificar emprendía un apresurado vuelo al percibir la proximidad de la ruidosa vanguardia de aquella columna de la que él mismo formaba parte.

Durante el trayecto, el muchacho había intercambiado algunas palabras con el sujeto junto al que marchaba, de mediana edad y buen porte. Decía llamarse Eladio Amargosaber, y parecía rendir una especial admiración por alguien cuyo nombre era Clarividencio Regiarazón, autor del libro del que se acompañaba y que con tanto celo custodiaba. Trataba, según él, acerca de las ilusorias creencias de los hombres y de cómo éstas, habiendo sido tomadas por rotundas verdades que no debían ser probadas ni puestas en duda, habían influido en su modo de pensar y proceder a lo largo de muchas vidas ya pasadas, seguían influyendo en las que transcurrían en aquel mismo momento, e inevitablemente influirían en las que estaban por venir de seguir las cosas como estaban, lo que, señalaba el sabio, suele responder al propósito de buena parte de quienes ostentan el poder y gobiernan para su propio beneficio y no del de todos. Acerca de estos poderosos, los que mal encajan su posición puede que por quedarles demasiado grande, que no son pocos y por doquier se encuentran tanto en espacio como en tiempo, afirmaba Clarividencio que cuando algo cambian a voluntad, lo hacen para dejar menos a otros pero más para sí mismos, aunque tratando de transmitir una sensación muy distinta con la que enmascaran un egoísmo que no conoce límites y que bien merece su propio libro, que en absoluto sería corto, ya que acabaría hablando de las muchas bajezas que devastan la buena humanidad que habita en el interior de muchos de los hombres. "Y sin embargo, pese a lo acertada que pudiera parecer mi reflexión en ese supuesto tratado al que aún, en el instante en que escribo estas líneas, no me he enfrentado, existiría la posibilidad de que estuviese en un error". Así daba por acabado el genio aquel inciso, recordó Eladio, que había sucumbido al entusiasmo de poder explayarse en aquel asunto, que era muy de su agrado.

Eran analizadas en aquel mismo volumen muchas otras situaciones, todas muy mejorables a juicio del propio escritor, tantas, que de haberse mencionado una a una habrían vuelto interminable un monólogo que aburrió solemnemente al muchacho, que no estaba para atender lo que él entendía como filosofías del tres al cuarto o del cinco al sexto, más

cuando éstas amenazaban los cimientos sobre los que se erigían sus sueños, los cuales perseguía en ese preciso instante, en el que se creía muy capaz de darles alcance. ¿Qué otra razón podría tener entonces El Creador para ponerle a él, hijo de campesinos, una espada en la mano, por antigua que fuese, y ofrecerle con tanta prontitud la posibilidad de ingresar en las filas de aquellas rudas gentes que se dirigían a la batalla, sino era el de permitirle formarse como héroe digno de épicas?

Entre tanto, divertidos por lo que escuchaban a sus espaldas, los que marchaban justo por delante suplicaron entre risas a Eladio que tuviese piedad del recién llegado, cuya valía, llevados por el ánimo del momento y una evidente falta de decoro, pusieron abiertamente en duda, pues poco necesitaron para advertir su tremenda bisoñez. Sigfrido hubiese querido lanzarles una contundente y merecida réplica, mas no halló ingenio ni fuerzas para hacerlo, quizás por reconocer, en lo más profundo de su ser, que aquellos maliciosos hombres tenían razón.

—Éste no sabe dónde se ha metido —escupió alguien minutos más tarde. Y el joven, pese a sentir cómo prendía la llama de la ira en su interior al oír estas palabras, dejó que el frío de la prudencia impidiera que el fuego se propagase, ya que nada podía ganar en una desigual disputa que, sospechaba, no acabaría con un simple intercambio de frases subidas de tono. De este modo, Sigfrido obró con cierta sabiduría, aunque le costó cuestionarse su propia gallardía por haber callado. Y se debía ese silencio suyo a la acertada sospecha que albergaba de hallarse en verdadero peligro desde que caminara entre aquellos hombres. No tenía, sin embargo, a Eladio por alguien a quien debiera temer en ese sentido, ya que le parecía un sujeto singular, enamorado del diálogo y el razonamiento, y, aunque no lograba entenderse del todo con él, no rehuía su compañía, la cual, hay que decir, no habría buscado en circunstancias muy distintas de aquella, en que era apretado por la necesidad.

La columna hizo un alto antes de la caída del día, y se ordenó la recogida de leña con la que alimentar las hogueras, muchas, en torno a las cuales se agruparon los soldados, que, al igual que Sigfrido, también habían sufrido las consecuencias de la incesante lluvia. El calor de las llamas reconfortó el espíritu de todos, y no fueron pocos quienes, animados y no importándoles mostrarse tal como habían llegado al mundo, acabaron despojándose de sus vestimentas con el propósito de que éstas se secasen sin poner en peligro su salud. De buena gana habría obrado igual Sigfrido, mas le pudo la vergüenza, pues, a sus ojos, aquellos torsos y brazos musculados surcados de cicatrices volvían ridículamente enclenques a los suyos, que apenas habían sufrido un mal pellizco que ninguna marca le habían dejado como trofeo que lucir. Temía, de hecho, volver a ser objeto de burla, por ello, permaneció con las humedecidas ropas puestas, algo que detestaba, y se quedó junto a Eladio, quien no había hecho aún chanza alguna a costa suya y, tenía la impresión, jamás la haría por cuestión de principios. Se preguntó qué hacía alguien como él,

no habiendo conocido antes a nadie similar, entre tanto embrutecido.

Aquella noche, mientras daban buena cuenta de un trozo de carne salada que habían repartido entre la tropa a modo de cena, Amargosaber, al no ver a nadie cerca, abrió su libro y comenzó a ojearlo. Sigfrido, aunque no sabía leer, miró y vio entre las páginas algunos dibujos muy bien detallados que representaban a seres fantasmagóricos. Junto a ellos, tanto a los lados como por debajo, se extendía un interminable océano de letras, o eso supuso el muchacho que serían aquellos caracteres que cubrían el resto de la plana. Eladio, notando el interés del joven, a quien a su modo había puesto a prueba a ese respecto, dejó que éste satisficiera su curiosidad.

—Lo que está escrito es la descripción de las criaturas que aparecen ilustradas, según cuenta el saber popular en cada región en que gozan de fama, en las que no siempre se dice lo mismo —dijo—. Clarividencio, quien ya no vive, se sentía atraído por cualquier cosa relacionada con lo místico y lo espectral, y éste volumen está dedicado, casi por entero, a esos asuntos. Ninguno de éstos seres existe, nos dice, dejando clara su postura desde el principio en unos hermosos párrafos en los que también puede verse algo de su inabarcable filosofía, de la que ya te hablé antes, para desesperación tuya. También yo pienso que no son reales.

Sigfrido, que parecía fascinado con la horrible figura de un vampiro, cuyo grotesco rostro era deformado por una terrible mueca, era de la opinión contraria, pero no siendo partidario de discutir con nadie, menos aun con la única persona que le impedía saberse solo del todo, continuó en silencio.

La conversación, aunque no fluía, fue variando. Gracias a ello, el joven supo que Eladio, huérfano desde temprana edad, había sido criado por clérigos, de ahí que supiera vérselas con los libros, magníficos ingenios por los que sentía un gran afecto. Había sido la vida, cuyos senderos no siempre conducen hacia donde uno quiere, la que le hizo acabar en aquel cuerpo de mercenarios, pues eso era aquella hueste, donde perpetró las mismas barbaridades que el resto, hasta que el destino, por medio de un sangriento saqueo, le puso en las manos una de las sesudas obras de Clarividencio Regiarazón. Tras leerla cambió su modo de ver las cosas, y ya nunca más volvió a mostrar el arrojo del que hacía gala en las batallas de antaño, de hecho, trató de no volver a matar, pretensión que llevó a cabo siempre que le fue posible. “Y si no dejo esta vida por medio de mis propias manos es por cobardía, y porque espero que llegue el día en que, con su acero, alguien me haga pagar por lo que hice en el pasado, que no merezco otro final”, dijo con aspereza. Sigfrido, a cambio, habló de sí mismo, atribuyéndose falsos méritos con la espada, pues anhelaba reconocimiento, y calló su humilde procedencia, de la que se avergonzaba sin razón, pues desconocía que la valía del individuo no debe medirse por dónde nace, sino por lo que éste hace. Curiosamente, al contar aquella

historia suya, en la que faltaban muchas verdades y sobraban no pocas mentiras, el joven se sintió en cierto modo satisfecho, como si el haber sido escuchado con atención pudiera dotar de una pizca de realidad tanta ilusión como salía de sus labios. Animado, prosiguió su relato, y no pudo evitar narrar también cómo había encontrado aquella misma mañana su equipo de guerra, decorando el suceso con alguna que otra fantasía que tan sólo buscaba otorgar alguna grandeza, más aún si cabe, a su figura, la cual temía fuese excesivamente pequeña a juicio de su atento oyente, cuya expresión parecía asemejarse a la de alguien que de veras pudiera leer la mente y que al mismo tiempo calla muchas de las cosas que piensa acerca de lo que escucha, o eso temió el joven, que, terriblemente incómodo, dejó de hablar, haciéndose después un prolongado silencio que no hizo más que agravar su sospecha.

—Eres demasiado joven, muchacho, apenas llegas a la veintena. Ignoras tanto aún —dijo Eladio, con el rostro lleno de compasión y sin entusiasmo en la voz—. Si sobrevives a la batalla y tu cordura no se ha desvanecido tras lo que has de ver, con el tiempo, quizás, sepas de qué hablo, a no ser que tu fondo sea el de un idiota o algo aún peor, como sucede con la mayoría de éstos con quienes marchamos. Anda, ve a dormir. Partiremos al amanecer. Debemos reunirnos cuanto antes con el señor que ha contratado nuestros servicios. Paga muy bien y ofrece un buen pellizco del pillaje, en caso de victoria. Tendrás tu bautismo de sangre dentro de dos días, a lo sumo. Será tu ocasión de saber cuán grande o pequeño eres. Aunque ya te adelanto que en nuestros adentros cielo e infierno llevamos, y que ambos nos completan. Pero ve a dormir ahora, que en ocasiones digo cosas que no pueden ser comprendidas sólo con la escucha. Vamos. Ve a dormir.

Sigfrido, desconcertado, siguió con desgana el consejo de Amargosaber, quien, comprendía, se había guardado cosas que a punto debieron estar de salir de entre sus labios; alguna advertencia, quizás. Aquel hombre hablaba demasiado, aunque no todo lo que pensaba. Y lo que decía lo decía de un modo extraño, pensó Sigfrido una vez estuvo tumbado. También él había dicho mucho más de lo que hubiera deseado, reconoció para sí, sobre todo en lo que a mentir se refiere, lo que no había sido premeditado, sino instantáneo e incontrolable, para su pesar. La imagen de sus padres acudió de súbito a su cabeza, y sobre ellos estuvo cavilando largo tiempo. Empezaba a extrañarlos.

En alguna parte, alguien comenzó a entonar una bella melodía, y quienes seguían hablando, que no eran muchos, callaron para escuchar.

## Capítulo 6

### 5. Gritos de guerra.

Fue poco antes del amanecer que una mano extraña tocó en el hombro a Sigfrido. Éste abrió los ojos, encontrándose con el enigmático rostro de un desconocido que, sin mediar palabra, le instó a levantarse. Tenía el cuerpo dolorido, y sentía un frío que parecía incrustado en los huesos, todo ello a causa de dormir a la intemperie con un peto de mallas sobre la ropa, que seguía sin estar seca del todo, y con la tierra, aún húmeda, como único colchón. “Pillarás una pulmonía”, supuso que le diría su madre de estar allí, con él.

Poco a poco, todos fueron despertando, y pronto, el campamento, las hogueras extintas en algún momento de la madrugada, quizás por un imperdonable descuido de los centinelas o por alguna orden dada, fue cobrando vida. Muchos de los que retornaban del sueño, lastimados, se quejaron del poco descanso que en circunstancias tan adversas habían podido disfrutar, como llegó a afirmar alguien con un exagerado aire catastrófico en las formas.

—Sí tanto os lamentáis, delicadas princesas, no quiero pensar cómo lloraríais de haber estado de guardia toda la noche —replicó otro, que iba repartiendo unas alargadas tiras de tela de color rojo—. Póntela en el antebrazo derecho, de ese modo sabremos que eres de los nuestros y no te mataremos durante la lucha, a no ser que alguien de nosotros tenga algo contra ti, que no sería la primera vez que así se resuelve una disputa —dijo el hombre a Sigfrido al acercarle uno de aquellos trapos que llevaba y ver su desconcierto—. No olvides tenerlo en cuenta tú también con nosotros. Te estaremos muy agradecidos si antes de pincharnos con ese hierro carcomido que llamas espada compruebas si estamos o no en el mismo bando.

Hubo risas alrededor.

—La confusión durante el choque será grande, en verdad. Procura estar a mi lado y será más fácil para todos —le recomendó Eladio, que ya estaba en pie.

—Sé lo que tengo que hacer —dijo Sigfrido, visiblemente incómodo, pues le dolía ser mirado con lo que él tomaba por una suerte de menosprecio, aunque en realidad desconocía profundamente cómo debía proceder llegado el momento en que las armas fuesen blandidas.

—Estarás a mi lado —repitió Eladio, empleando en esta ocasión un tono que no admitía más discusión. Sigfrido, cohibido, se sintió aplastado por el peso de la mirada que acompañó a estas palabras, pues le pareció capaz

de derribar una gruesa muralla.

No hubo respuesta.

El frugal desayuno consistió en un puñado de frutos secos y algún trago de agua. Después, los restos de las hogueras fueron ocultados con premura, y los hombres, sin demasiados ánimos, se dispusieron a continuar la marcha, prácticamente en el mismo orden en que lo habían hecho la jornada anterior. Antes de partir, el joven debió dar su nombre y procedencia a alguien que se le acercó inesperadamente y que decía ser el furriel de la compañía. Éste, tras anotar lo que le era transmitido en un desgastado cuaderno, para lo cual necesitó de un tiempo por no ser ducho en el arte de la escritura, dio por formalizado el ingreso del joven en la unidad, ya que no había sido inscrito hasta entonces en el registro de la misma, pese al entusiasmo con que, un día antes, fuera anunciado su reclutamiento por quien tan bruscamente lo empujase hacia la formación. Después, el sujeto se marchó en paz por donde había llegado, dejando a Sigfrido tratando de comprender qué acababa de ocurrir.

—¡Qué descuido! Eso debió haberse hecho en el mismo instante en que te uniste a nosotros —le aclaró uno de los lanceros que tenía por delante. Había sido de los que con más sonoridad riese las bromas hechas a costa suya durante la marcha que había seguido a su captación—. Nadie que no sea inscrito y sobreviva a la batalla tiene derecho a su soldada, salvo que tres testigos hablen en su favor, lo que no es de esperar. Muchacho, han estado a punto de cometer una tremenda injusticia contigo.

—¿Qué me habría sucedido de haberme negado a unirme a vosotros cuando se me ofreció formar parte de la tropa? —preguntó Sigfrido al instante, casi sin pensar y aun así intuyendo la respuesta.

—Vestido y armado para la guerra, como vas, te habrían matado. Una vez muerto, de haber tenido mejor equipo del que llevas, que no parece valer mucho, sin duda te lo habrían arrebatado. También podrían haberte hecho cosas peores, cosas para las que es necesario que quien las sufre permanezca con vida mientras las padece y que son preferibles comprender o imaginar a que sean descritas, si es que me explico —Eladio, con expresión sombría, asintió con un gesto de la cabeza. El muchacho, en cambio, aunque aparentó hacerse a la idea de lo que acababa de escuchar, no logró captar del todo el oscuro significado de lo que se le había pretendido decir, tal era a veces su necedad—. Les he visto hacer cosas difíciles de creer incluso para el que las contempla —continuó el hombre—. Yo mismo llegué a protagonizar algunas barbaridades, todas ellas crueles, no lo niego, aunque explicables ante personas belicosas pero decentes, pues siempre respeté el honor más íntimo de a quienes hice mártires. Y no digamos cómo se las gastaba quien al lado llevas, todo un animal, pese a esa mirada dulzona que luce su rostro, hasta que llegó el día en que, por culpa de los malditos libros, le

dio por pensar raro y hablar más raro aún, no pareciendo un hombre común, por lo tanto. No hay quien le entienda desde entonces. Pero es de los nuestros. Sigue siéndolo pese a todo. Y eso nos sirve. Ya veremos si ganas tú ese derecho.

En lo alto, las nubes se habían dispersado, dejando un cielo despejado y magnífico a través del cual el sol de la mañana bañaba los humedales, muchos aún, que habían sobrevivido a la noche. Caminar por el barro seguía resultando engorroso, pero el suelo era más firme aquel día, salvo algunos tramos que se habían visto más perjudicados debido a su propia orografía, tendente a la acumulación de agua cuando ésta caía copiosa. La marcha se prolongó hasta el mediodía, momento en que se ordenó un alto y permitió a los hombres refrescarse y descansar. No hubo, sin embargo, tiempo para calmar el hambre, pues un jinete, que portaba consigo una colorida bandera, se acercó a la columna raudo y veloz y se detuvo al alcanzar la cabeza de la misma. Las nuevas que portaba hicieron que fuese dada la orden de proseguir de inmediato con el viaje a un ritmo mayor del que hasta entonces se llevaba. A su vez, el mensajero regresó a todo galope a informar a quienes le mandaban de la contestación que le fue dada, y también de lo que había visto hacer a aquellos aliados al partir él, de lo que tomó buena nota, pues no mal sabía que del dicho que se le dijese al hecho que se hiciera un ancho trecho podía haber.

En un momento dado, estando de nuevo en marcha, la compañía abandonó la senda y continuó hacia el Este a campo traviesa, internándose en bosques y saliendo de ellos, subiendo y bajando quebradas y colinas. De súbito, a media tarde, pudieron oír el clamor de unas alborotadas voces que parecían provenir del otro lado de una ancha elevación que frente a sí tenían. Ésta era sobrevolada por unas sombrías aves de rapiña que, pacientes o todo lo contrario, describían tétricos círculos en las alturas. A una señal, los hombres hicieron un alto y giraron sobre sus talones hacia su izquierda, lo que transformó la columna en una línea de batalla cuya profundidad venía a ser la misma que anchura había tenido al marchar. Sigfrido, a quien nadie cubría la espalda ni la zurda por estar en el extremo de ese mismo lado, se encontraba justo detrás de Eladio, lo que hacía que se cumpliera a medias el deseo de éste de tenerlo a su vera durante la lucha.

El muchacho atendía turbado al extraño vocerío que les llegaba de más allá de la subida que, sospechaba, estaban a punto de afrontar, y que era acompañado de un estruendo que se alimentaba de una gran variedad de sonidos, a cuál más insólito e inquietante. De cuando en cuando, un desgarrador grito, producto de un dolor inenarrable, se elevaba por encima de todo aquel escándalo, y era entonces que el rostro de aquellos rudos hombres se contraía en un gesto de profunda consternación, algo que infundió mayor inquietud aún en Sigfrido, cuyo instinto empezaba a

advertirle del verdadero peligro que le rondaba.

“Será tu ocasión de saber cuán grande eres”, dijo la voz de Eladio en su interior. No obstante, se sintió empequeñecer.

—¿Qué ocurre? —preguntó en un tembloroso susurro a éste.

—La batalla ha comenzado, muchacho, sin nosotros. El enemigo no estaba donde se creía, y ahora cae sobre quien venimos a dar apoyo, de ahí la prisa de aquel jinete, o eso entiendo.

—¿Y qué haremos ahora?

Los cuernos de guerra sonaron en ese instante, dando una singular respuesta a la cuestión del joven. La línea se puso en marcha ordenadamente, manteniéndose juntos los hombres, que, con la decisión que fueron capaces de reunir, embrazaron los escudos y los hicieron mirar hacia delante, empuñando a la vez sus amenazantes armas. Sigfrido, que nada de lo que entonces se hacía sabía hacer él, quiso emular lo que veía, mas careciendo de instrucción y sobrándole torpeza, apenas fue capaz de no ser una distracción para aquellos con quienes avanzaba. Éstos, pese a tener al muchacho por novicio en el oficio de la guerra, ignoraban el verdadero alcance de su ineptitud en dicho negocio, detalle que podría resultar fatal para la suerte de todos ellos si así lo quería el infortunio, que, ya se sabe, no pocas veces anda al acecho.

Una vez alcanzada la cima, el terreno descendía abruptamente, hasta desembocar en una suerte de extensa planicie que era a su vez rodeada por otras elevaciones similares a aquella que acababan de coronar. Aunque de un modo irregular, esas alturas, no excesivamente espigadas, parecían unidas entre sí, dando al lugar la forma de un gigantesco cráter creado a partir de un singular antojo de la creación, cuyas obras nunca carecen de sentido por más que los hombres no logren comprenderlas. Allí, en la base de tan singular hendidura, la muerte, desatada e iracunda, danzaba a su antojo en un encrespado mar de lanzas erizadas, algunas de las cuales se quebraban contra las maltrechas adargas que con desesperación se les oponían. Los estandartes, símbolos de orgullo y poder, apenas se alzaban desgarrados y maltrechos por encima de una multitud de cadáveres caídos en torno a ellos, unos por defenderlos, otros por haber querido desbaratarlos. Y un sinfín de flechas, terribles y puntiagudas, surcaban el aire en busca de carne en la que hundirse.

Los cuernos volvieron a ser soplados. Y la compañía de mercenarios, que había frenado su avance para contemplar la matanza que se daba en aquella llanura en la que crecían solitarios algunos árboles, inició el descenso manteniendo el orden y entrechocando las armas y los escudos acompasadamente, marcando así un ritmo marcial que habría de llevarles con determinación al encuentro de la ansiada gloria o de la temida

fatalidad, ya que ambas les aguardaban por igual. Sigfrido, tembloroso, trató de hacer acopio de gallardía, mas no lograba dar con ella en ningún rincón de su ser.

“Será tu ocasión de saber cuán grande eres”.

## Capítulo 7

### 6. La batalla de Los Campos de Algúnlugar.

No sería aquella la más grande de las lides habidas o por haber, ni tampoco la más cruenta, no obstante, la sangre regó en abundancia la tierra sobre la que acaeció tan calamitosa catástrofe. Poco importan los motivos que llevaron a tantos hombres a querer darse muerte los unos a los otros, pues, fuese de la forma que fuese, respondían a disparates a los que sólo ellos y los que como ellos son, demasiados, hallaban un sentido. Así, henchidos de una viva emoción que llamaban gallardía, y que probablemente surgía, al menos en parte, del miedo a ser malmirados si hacían caso del sentido común, del suyo propio, que les suplicaba en silencio alejarse de aquel maremagno de devastación, los guerreros de ambas fuerzas se enzarzaron en una multitudinaria refriega que sólo acabaría con la práctica aniquilación de uno de los dos bandos y que dejaría muy mermado al vencedor.

Para muchos, no todos, el tiempo de mostrarse audaz había quedado atrás desde el mismo inicio del choque, y si seguían en la lucha, batiéndose con la fiereza propia de los leones, a los que en nada deben envidiar las ratas cuando de defender la vida se trata, era por pura cuestión de supervivencia; matar antes que ser matado. Otros, presas de un pánico apenas contenible, blandían temblorosos sus armas, y bien peligrosos que se volvían cuando se sentían acorralados, ya que, guiados por la desesperación, encontraban en ocasiones un último recurso donde a quienes no se ven necesitados jamás se les habría ocurrido buscar, logrando por ello salir con vida de situaciones en las que ya se veían muertos, lo que hacía bueno el popular dicho que reza: "la necesidad agudiza el ingenio". Por su parte, quienes no pudieron oponerse a sus extraordinarias ansias de vivir acabaron huyendo o pretendiendo hacerlo pese a la vergüenza con la que habrían de cargar en adelante si es que eran vistos y reconocidos, algo que no tuvieron en cuenta en el momento de su elección, como es obvio. No pocos de ellos sucumbieron abatidos por la espalda, que es el lugar del cuerpo por donde nadie que se jacte de ser osado quiere ser muerto o herido, quedando para siempre marcado. Aun entre los caballeros juramentados, prácticamente los únicos que enfrentaban la batalla desde su comienzo con verdadero honor a causa de una mentalidad adiestrada a tal efecto durante años, hubo quienes acabaron comprendiendo que, llegado un punto, teniendo cada uno el suyo propio, no hay palabra que no pueda quebrarse si no hay de por medio alguna locura que lo impida, y también ellos cedieron al pánico, para desconcierto de los que andaban cerca, que tal es el poder del miedo, capaz de doblegar férreas voluntades que, creyendo ser de acero, se descubren con horror siendo muy semejantes a los pies de barro sobre los que, en vano, trata de sostenerse un gigante que resulta demasiado

pesado.

En medio de aquel caos, pues ya la batalla estaba rota en mil pedazos o incluso más, a cuál más cruento, había irrumpido la compañía de mercenarios de la que formaba parte Sigfrido. Abandonaban los altos de la pronunciada loma a la que habían ascendido y bajaban directos a aquel llano donde la locura más extrema era dueña y señora de los hombres, incitándoles a perpetrar horribles crímenes que jamás serían juzgados, salvo por la propia conciencia de algunos de ellos, cosas de la guerra.

Algún lugar, así se llamaban aquellos singulares campos, ubicados en un insignificante trecho del vasto mundo, y ninguno de los muchos que allí se encontraban dispuestos a verter su sangre en beneficio de otros sabía tal cosa, pues poco les importaba. Los desniveles del terreno hicieron que la línea de lanzas y escudos no marchase siempre tan recta ni junta como debiera, lo que obligaba a los que la formaban a esperarse los unos a los otros, algo que confundía al joven Sigfrido, que, excesivamente atento a cuanto sucedía en la cercana contienda, tropezaba con Eladio toda vez que éste se detenía, ganándose por consiguiente su nerviosa reprimenda.

Por ese entonces, durante el transcurso del avance, Valorquebrado ya había visto a algunos de los caídos, estuviesen muertos o malheridos. Yacían sobre el suelo, retorcidos y salvajemente mutilados, abiertos en canal más de uno y dejando libres sus entrañas, tal como se les hace a los cerdos, pobres animales. Aquella horrible visión había elevado su inquietud a rango de profundo desasosiego, y le hizo dudar de la veracidad de esas lides que eran contadas en las canciones y con las que hasta hacía bien poco había él soñado, y se decía ahora que sólo tenían cabida en las cabezas de quienes las componían y recitaban buscando ganarse la vida, y de los que, desde el insondable abismo de la ignorancia, pariente de la ingenuidad, las escuchaban y a pies juntillas las creían, como era su caso.

Una vez recompuesta la línea, ésta volvió a ponerse en marcha, y, cuando por fin el terreno dejó de caer y comenzó a allanarse, la cohesión de la compañía se volvió más sencilla.

Comprendió Sigfrido, por lo que oía según marchaban, que su llegada al campo de batalla, la de todos ellos, había sido justo a tiempo de salvar la derrota de las huestes del señor por quien, a cambio de oro, lucharían, pero, por más que se esforzaba en distinguir unos blasones de otros, tan mezclados como estaban, no acertaba a diferenciar amigos de enemigos.

—¡Tú atiza a quien quiera atizarte! —le aclaró a voz en grito el de su derecha, que, al instante, se hizo una idea bastante más aproximada de la que ya tenía acerca de la tremenda inexperiencia que atesoraba el muchacho, que era, para desgracia suya, quien debía guardarle el flanco izquierdo. Aquel hombre lamentó con amargura aunque en silencio que no

hubiese nadie más a ese mismo lado que le diera alguna garantía de salir con vida de la matanza a la que se encaminaban. Por ello, al contemplar el rostro del mozo, casi sintió mirar a la propia muerte.

La compañía siguió su lento avance. Los pies de los aguerridos mercenarios se hundían en el barro, ablandado por la brega que debió soportar el suelo durante gran parte del día, pues la batalla había comenzado hacía horas, poco después del amanecer. Los cadáveres junto a los que pasaban empezaban a ser multitud, signo inequívoco de que, en su momento, aquel sector debió ser de gran importancia en la lucha. Tal era la carnicería a la que habían sido sometidos los que allí perecieron que hasta los árboles más cercanos parecían sangrar, siendo en realidad la sangre de los caídos la que los impregnaba. Las vísceras de éstos, desparramadas sin concierto, descansaban sobre el bajo tronco y las raíces. “Mala muerte debió llegarles”, pensaron con gravedad algunos. “¡Mal rayo me parta!”, pensó a su vez Sigfrido, a quien el poco arresto que aún le restaba, que algo tenía, amenazaba con abandonarle de un momento a otro.

De entre una densa aglomeración de gente en la que tenía lugar una gran violencia, la primera a la que alcanzaba la vista de todos por grosor y cercanía, fueron descolgándose varios hombres de armas que acabaron reuniéndose en torno a un estandarte azulado que había sido dispuesto a unos metros de la descomunal melé. Allí, haciendo caso de las instrucciones que les eran rugidas, formaron apresuradamente en orden de batalla de cara a los mercenarios, a quienes algunos de sus oficiales habían visto acercarse con malas intenciones para con ellos. Al grave sonido de los cuernos y dando tremendos alaridos cargó aquella tropa, ignorando la matanza que a su alrededor se daba, que era muy notable, y que dejaban al cargo de otros, en cuyo oficio confiaban.

Los recién llegados al campo, advirtiendo lo que se les venía encima, hicieron alto de inmediato y cerraron filas, posicionando sus adargas bien prietas unas contra otras y apuntando sus lanzas al frente con indudable determinación. Quienes no portaban tales armas harían cuanto estuviese en sus manos, las mismas de las que habrían de valerse en la lucha, para hacer buen uso de las que esgrimían, ya fuesen hachas, mazas o espadas, las cuales conocían ya el sabor de la sangre, aun la que portaba Sigfrido, lo que había sucedido en tiempos remotos y sirviendo a otro, muy probablemente con mayor coraje que el que podía verse en el joven.

—¡Aguantad! —ordenó una voz con aire marcial. Casi al instante, otros fueron gritando expresiones similares tratando de alentar a sus compañeros.

El enemigo se acercaba embravecido, tal como lo hacen las olas de un mar encrespado al abalanzarse sobre un imponente arrecife que

permanece imperturbable a la espera del choque.

—¡Apoya tu escudo en mi espalda y empújame hacia delante tanto como puedas! —pidió Eladio a Sigfrido.

—¡No tengo escudo! —respondió éste, consternado.

—¡Echa tu cuerpo sobre mí entonces! ¡Con el costado donde no tienes la espada!

El joven obedeció, aunque no sabía cómo hacer lo que se le pedía ni para qué serviría.

Las huestes se encontraron con gran estrépito y en medio de gritos ensordecedores en los que no faltaron las provocaciones ni los insultos. Los escudos chocaron entre sí aparatosamente. Los hombres, voluntariosos, hicieron fuerzas hacia uno y otro lado, embistiendo y golpeando. Las lanzas fueron agitadas y mataron, al igual que las mazas, las hachas y las espadas, salvo la de Sigfrido, que a consecuencia de la violencia desatada fue a caer al suelo junto con su portador, todo él lleno de fango y con el rostro, deshecho por el espanto, a muy escasa distancia de la grotesca faz de un muerto abatido a golpe de martillo, cuyos sesos sobresalían de su sien. A consecuencia de eso, el joven profirió su primer aullido de guerra en la contienda, que brotó de entre sus labios de un modo que nada tenía que ver con las formas que habría preferido él, que debían haber sido dignas de un cantar de gesta.

## Capítulo 8

### 7. Poniendo pies en polvorosa.

Aún postrado y dando la espalda a los suyos tras la caída sufrida, el muchacho, profundamente angustiado a la par que avergonzado, se encontraba al borde del llanto. La realidad que le mostraba la batalla, presenciando horribles visiones de las que nadie en su sano juicio querría saber nada, había hecho añicos la que él crease en sus propias fantasías, donde se resguardaba toda vez que, en la vida anterior, la que había dejado atrás hacía ya dos noches con sus dos mañanas, sostenía el azadón con que trabajaba la tierra en compañía de sus padres. Sólo pensar que había llegado a creerse digno del favor de la divinidad por haberse hecho con aquellas antiguallas de guerra, como si éstas fuesen dignas de grandes reyes, le hizo verse como un necio de hondo calado y difícil arreglo.

De repente, una rabia incontenible, quizás dirigida hacia sí mismo, se apoderó de él, mezclándose con los otros sentimientos que le desbordaban, y comprendió entonces que debía hacer algo, aunque no sabía qué. Tembloroso, tomó por la empuñadura su espada, que yacía entre él y el muerto que tanto espanto le causara y seguía causando, y se esforzó por ponerse en pie, mas los nervios le impidieron gobernarse como pretendía, por lo que se tambaleó y trastabilló hacia un lado, tropezando accidentalmente con alguien al que arrastró consigo al suelo. Se trataba de Eladio, que, entre maldiciones, había caído de espaldas, inmovilizando con su peso a Sigfrido, que pugnó inútilmente por librarse de aquella inoportuna presa de la que era víctima, para infortunio suyo.

De inmediato, el que era adversario de Amargosaber antes de aquello, un hombre que se desenvolvía bien con la maza, se abalanzó sobre él con intención de aprovechar la ventaja que el azar ponía a su alcance. Sin embargo, el veterano mercenario, pese a su complicada situación, logró detener con su escudo el golpe que se le venía encima, y, casi al mismo tiempo, ensartó a su atacante con la lanza, atravesándole el abdomen. El sujeto, incrédulo y malherido, cayó hacia atrás agonizando y llevándose consigo el arma clavada, lo que dejaba sin nada con lo que batirse a quien tan sorpresivamente le había derrotado, que no tuvo tiempo para respirar aliviado, pues otro llegó al instante, saltando sobre él, y con rabia desmedida le rebanó el cuello a placer con un pesado alfanje, para horror de Sigfrido, que, sobrecogido y con el rostro lleno de la sangre que sobre él caía a borbotones, ni siquiera fue capaz de gritar. El asesino, de naturaleza atolondrada y poco o nada observador, dio por muerto a aquellos tres que bajo él yacían y corrió en busca de alguien más con quien batirse, encontrando pronto la muerte a manos del lancero que

Valorquebrado había tenido a su derecha durante el avance.

Pero aquel desgraciado fue sólo el primero de muchos en cargar, ya que el enemigo, advirtiendo la gran conmoción que se había apoderado de quienes vieron morir a Eladio del modo en que lo había hecho, pues era tenido en gran estima por los suyos, volcó el peso de la lucha sobre ese mismo flanco, cuya entereza se fue tambaleando conforme aumentaba la presión. Así, viéndose superados, los mercenarios no tuvieron más opción que vascular con gran disciplina y retroceder lo mejor que pudieron, quedando muchos de los suyos, y no menos rivales, tirados sobre el barro.

—Sabía que ese inútil nos traería poco menos que la ruina . Si le veo lo degüello —oyó Sigfrido que bramó alguien, malhumorado. Supuso con tristeza que se refería a él.

Con tanto gentío como llegó a tener pululando a su alrededor cuando el combate se libraba tan cerca, y no reparando nadie en su persona, medianamente camuflado como estaba bajo el cuerpo sin vida de Eladio, Sigfrido, siguiendo su instinto, permaneció quieto y en el más estricto silencio. Sin embargo, cuando la lucha se fue desarrollando lejos, resolvió hacer fuerzas y salir de debajo del cadáver, lo que le costó más de lo esperado, tanto en lo físico como en lo anímico, pues no poseía entereza alguna. Una vez libre, permaneció agazapado para evitar ser descubierto y quiso echar un vistazo. Al instante, sus ojos fueron a toparse con el libro que llevaba Amargosaber, que, de algún modo, debió haberse soltado durante el combate de la guita a la que iba atado. Yacía abierto sobre el barro, mostrando unas paginas repletas de palabras escritas que nada significaban para él por no comprenderlas, y que hacían referencia a una de las más hondas reflexiones que su autor hiciera en vida. De súbito, sopló una brisa, y las hojas de aquel volumen fueron pasando una a una. El joven contempló turbado el realismo de los dibujos que representaban las distintas criaturas imaginarias que iban apareciendo y que, junto con sus sesudas descripciones, eran el verdadero motivo de que ese libro hubiese sido escrito en su día, tal como le explicase Eladio. Una de aquellas imágenes, en las que dos mujeres de rostros grotescos montaban sendas escobas, aparecía manchada con la sangre del propio Amargosaber. Sigfrido, siendo supersticioso, sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. Entonces concluyó marcharse. Abandonaría aquel llano y hallaría el modo de volver a casa, donde, tras dar las explicaciones que se le pidieran, seguiría viviendo sin rechistar hasta el fin de sus días, eso se dijo, convencido. Tuvo, antes de partir, un pensamiento para Eladio, de cuya muerte se sentía responsable a causa de su torpeza; recordaría siempre su extraña forma de hablar. Y halló consuelo en la idea de que, al menos, había muerto como pedía, bajo el acero de una espada, pagando así por los crímenes que protagonizara en su pasado más violento. Comprendió entonces la advertencia que le había hecho aquel hombre acerca de lo que podría sucederle desempeñando el oficio de soldado,

pero él, que sólo miraba y entendía aquello que le interesaba, no supo ni quiso escucharlo en su momento.

—Mucho me temo que poca grandeza hay en mí. Cualquiera de estos muertos merece más honores que yo, que nada he hecho —masculló para sí, consternado—. Aunque sí que he hecho, pensándolo bien; propiciar la muerte de alguien al que he visto agonizar sobre mí. Queda su sangre en mi piel como vergonzoso recuerdo.

Al fin, cabizbajo, Sigfrido se puso en marcha, esquivando despojos y cadáveres, y prestando atención a los muchos y dispersos lugares en los que la lucha seguía. No había cubierto demasiada distancia, dirigiéndose siempre hacia donde no hubiese violencia, que un grito de guerra, proveniente de un costado, llamó su atención. Al volverse, vio con horror cómo un hombre, en el que no había reparado, se abalanzaba sobre él alzando una amenazante hacha sobre su cabeza. Acongojado, el joven apenas reaccionó. Sin embargo, su atacante fue arrollado por un solitario jinete que, al galope y lanza en ristre, había cargado sobre él desde que lo divisara, abatiéndolo cuando a punto había estado de acabar con Valorquebrado, que fue incapaz de devolver el saludo que con un rápido gesto le hacía su salvador cuando ya éste se alejaba. Aliviado, Sigfrido necesitó de un tiempo para reponerse, lo que no logró del todo.

Poco a poco, sus pasos le fueron sacando del campo de batalla. Antes de abandonarlo, se cruzó con otro, un desconocido, que parecía pretender lo mismo que él. Ambos se detuvieron a mirarse sin mostrar el menor atisbo de querer dañarse, aunque, desconociendo sus intenciones, se temieron el uno al otro. La sangre impregnaba sus ropajes, la consternación sus abatidos rostros. De fondo, los ruidos de la lid, cada vez más lejana, uebraba el silencio que les envolvía. No intercambiaron palabra alguna. Tras un prolongado momento, sin necesidad de ninguna señal, como si, de algún modo, se hubiesen reconocido y aceptado, Sigfrido y aquel extraño prosiguieron cada uno con su camino, convencidos de que nunca más volverían a encontrarse. Pasaban por alto, como hombres que eran, que sobre los designios del destino, si es que es cierto que existen, influyen el modo y el orden en que acontecen las cosas, y no ninguna suerte de presentimiento, por certero que este pueda parecer, ya que no deja de ser algo ilusorio mientras que no sea probado por medio de un hecho que no admita discusión. Sólo el tiempo les daría o quitaría razón, después de todo, aunque podría ser que, llegado el momento, si es que llegaba, ninguno recordase lo que había pensado en el instante que acaba de ser descrito, que así, guste o no, son a veces las cosas.

El joven, con el ánimo apagado, procuraba no mirar a los muertos con los que se iba encontrando. En un momento dado, el terreno comenzó a ascender, aunque no se trataba de la misma elevación por la que había aparecido junto con los mercenarios con los que marchaba, lugar en el que seguía el combate, sino de otra distinta en la que no había nadie que

quisiera matar a nadie, lo que para él, en ese lance, lo era todo. Pronto podría sentirse a salvo de aquel despropósito en el que se había embarcado, por más que luego debiera andar perdido y solo durante un tiempo, o eso temía.

De súbito, el griterío que le llegaba de la llanura sufrió un drástico cambio que le hizo estremecer. A los alaridos de furia y de dolor se unieron otros muy distintos en los que no había más que miedo y desesperanza. Nunca antes había oído nada igual, al menos que él recordara. Tuvo entonces un mal presentimiento, algo que venía repitiéndose desde que partiera de casa.

Sigfrido, aunque trató de resistirse, acabó volviéndose con lentitud, descubriendo con gran conmoción que algo de veras extraño sucedía en aquella planicie que dejaba atrás, pues, a pesar de la dificultad con la que debía lidiar para discernir entre unos y otros, acertó a ver desde donde estaba, poniendo toda su atención, cómo los de un mismo bando se atacaban entre sí, ocurriendo esto mismo en los dos lados, y que, para mayor desconcierto, los enemigos se unían desesperados en pequeños grupos para hacer frente a otros que, también perteneciendo a ambas facciones, se les echaban encima sin hacer distinciones y haciendo gala de un salvajismo más propio de bestias hambrientas que de seres humanos. Fue entonces que, sobre cogido, le pareció ver cómo se levantaban algunos de entre los caídos para, tras titubear, arrojarse violentamente sobre quienes tenían cerca, fuesen quienes fuesen, abatiéndolos con armas los que las llevaban, sus manos si ninguna esgrimían, o incluso por medio de, al parecer, mordiscos. Para mayor pánico suyo, la tierra, aquella llanura sembrada de muertos sobre la que aquel horror acaecía, fue ennegreciéndose paulatinamente, lo que llevó al espantado joven a preguntarse si acaso enloquecía.

Presas de una gran turbación, emoción que venía a sumarse a las lóbregas sensaciones que ya doblegaban su torcida voluntad, Sigfrido se giró sobre sus talones y corrió tanto como le permitieron sus atenazadas piernas, concluyendo no detenerse hasta quedarse literalmente sin fuerzas, lo que esperaba ocurriese cuando estuviera bien lejos de allí.

Por detrás, los cuernos sonaron una última vez.

## Capítulo 9

### 8. El arroyo.

No sabiendo orientarse bien sin un camino que seguir, menos en tierras que le eran extrañas, Sigfrido, empujado por la necesidad, pues no quería permanecer quieto tras lo vivido y presenciado, se vio vagando sin rumbo hacia ninguna parte. Bien le habría parecido aquel figurado destino si lejos le mantenía de los oscuros y pesares sufridos en su corta experiencia como guerrero, arriesgado oficio al que había resuelto no volver, mas de sobra sabía que no hay senda, hecha o sin hacer, que no conduzca a alguna parte, sea buena o mala.

En su huida, que había comenzado bajo el influjo de un profundo temor, no pocas veces se había vuelto para ver si era seguido toda vez que oía algo. Y, aunque creyó distinguir sombras moverse entre la fronda en más de una ocasión, la realidad es que siempre anduvo en soledad, con los terribles recuerdos de cuantos horrores fuese testigo en la batalla como únicos perseguidores, implacables, que no cesaban de darle alcance y someterlo a un tormento del que no sabía cómo librarse.

Al fin, la noche cayó sobre el mundo, sumiéndolo todo en tinieblas. Sigfrido, temiéndola, había advertido con tiempo su llegada y buscó dónde resguardarse, mas no logró hallar lugar alguno en el que poder sentirse mínimamente a salvo. En la opacidad, sintiendo el desamparo que surge de la soledad que no es querida, sus miedos, alimentados hasta el hartazgo por los acontecimientos de aquel día, se acrecentaron de tal modo que de él se adueñaron por completo.

Medianamente oculto entre la maleza, sin posibilidad de hacer fuego y muerto de frío, resolvió tumbarse de costado, con las piernas recogidas sobre su vientre y las manos bajo el lado de la cabeza que daba al piso, haciendo las veces de almohada. Una vez así, tras unos segundos contemplando su propia desdicha, gimoteó y se compadeció de sí mismo. Las sanguinolentas escenas del combate no cesaban de repetirse en su cabeza, poniendo especial énfasis en el sufrimiento de los heridos y en el infortunio que había alcanzado a los que yacían muertos. Las armas lo golpeaban todo, hendiendo yelmos y escudos, desgarrando ropa y, por último, adentrándose en la carne, en la que dejaban graves cortes por donde escapaba la vida de las víctimas. Con amargura, Sigfrido recordó la muerte de Eladio, el sabio, el de afable rostro, que había agonizado encima suya vertiendo parte de su tibia sangre sobre él. Tanto su muerte como la de muchos otros que formaban a su lado había sido propiciada por su banal empeño de asemejarse a quien soñaba ser, lo que sólo era posible en sus muchas quimeras, donde los hechos respondían a su propio capricho y en los que nadie sufría las dolorosas consecuencias de la desgracia. No pensó él así, sin embargo, pues no eran aún tan hondas sus

entendederas ni tan profundo su conocimiento, por lo que no hizo más que golpearse una y otra vez con el duro martillo de la culpabilidad, que no deja huella en la piel, sino que se adentra en la sien, donde se infligen las heridas que más difícilmente sanan y que con más facilidad se infectan, pudiendo llegar a envenenar el vasto manantial del que surgen las muchas corrientes del pensamiento.

Finalmente, las últimas imágenes que viera de la batalla, aterradoras incluso en la distancia, arrojaron una inquietante sombra sobre el muchacho, que no lograba dar con un razonamiento próximo a la sensatez que explicase, al menos en parte, el hecho de que aquellos hombres, a los que había llegado a tomar por muertos, se alzasen del suelo en que yacían para volverse contra quienes anduvieran cerca, aun los suyos. No menos preocupante le resultaba el hecho de que el campo sobre el que tanta sangre se vertiera se hubiese vuelto del color de la ceniza, tan distinto del que tuviera cuando llegase él junto con aquellos aguerridos mercenarios y que, pese a la devastación ya imperante, era dominado entonces por el verde de la hierba y el tono natural del barro. Trató de convencerse de que aquella insana negrura, que cubría la llanura casi por completo, podía responder a tanto revolvimiento de la tierra como hubo durante la lid, mas algo en sus adentros le advertía de que la verdadera razón se encontraba muy lejos de su reflexión, que, por una vez, buscaba estar cerca de lo que entendía como lo más lógico. Y si no podía dejar de ver algo sumamente siniestro en todo ese asunto, no menos espeluznantes le parecieron aquellos atroces gritos que provenían del sentimiento de profundo terror de quienes los habían proferido presas de la desesperación, pues se vieron en mitad de un infierno que superaba al que ellos, hijos de la desolación, habían dado forma en el cruento desempeño de su oficio.

No era poca la angustia que tan turbulentos recuerdos producían en Sigfrido, por lo que éste, por más que se lo propuso, pues lo necesitaba, no fue capaz de dormir. Con las primeras luces, maltrecho y hambriento, se puso en marcha, no teniendo más remedio que dejar su suerte en manos del destino, tan pocas veces predecible incluso para los sabios que no se tienen por tales y que, por lo tanto, quizás sean los únicos que merezcan ostentar dicho rango, que tanto codician quienes adrede aparentan sabiduría ante los que nada saben, con intención de olvidar su propia ignorancia, que les recuerda cuán pequeños son en realidad.

—Sea lo que deba ser —masculló inseguro el joven tras tanto pensar. Y después se echó a andar.

Había resuelto Sigfrido, entre miedo va y miedo viene, desprenderse de sus enseres de guerra, mas yendo solo y sabiéndose desvalido, postergó el momento de desarmarse para cuando llegase a casa, lo que cada vez estaba más cerca de anhelar con desesperación, quizás por comprender

que se encontraba aún demasiado lejos.

Sobre el mediodía, no habiendo hallado nada que comer y con el convencimiento de que su estómago, vacío como estaba, acabaría hablando de seguir sonando como sonaba, el mozo se topó al fin con una desconocida vereda que, aunque deshabitada, llevaría, fuese a derecha o izquierda, hacia algún lugar donde hubiese alguien a quien suplicar un poco de agua y un trozo de pan, si es que quien fuera, de toparse con él, llevaba consigo y tenía a bien darle. Así, con esa esperanza lo anduvo Sigfrido, que prolongó su caminata hasta bien entrada la tarde. Sin embargo, no vio a nadie durante el trayecto, para su desgracia, y sus bríos acabaron viniéndose abajo.

Sin apenas fuerzas, el joven quiso sentarse en medio del camino sin importarle lo más mínimo quién pudiera sorprenderle ni tampoco las intenciones que llevase, cosas del agudo cansancio, que incluso a la razón puede llegar a nublar. Aun así, rendido y sin demasiadas esperanzas, acertó a escuchar el murmullo del agua al seguir su cauce, lo que se negó a creer como cierto en un primer instante, mas al advertir con sorpresa que el sonido continuaba y que no respondía al capricho de su imaginación, tal como se había temido, se volvió a poner en pie y, al borde ya de sus fuerzas, se dejó llevar por el oído, que no tuvo mejor ni más acertada ocurrencia, pues a orillas de un afluente llegó en breve, sobre cuya cristalina corriente se echó y de la que bebió copiosamente, no queriendo acabar hasta aplacar del todo su sed, que era mucha.

Un repentino ruido, muy distinto del que produce el agua al correr y que provenía de entre unos arbustos cercanos, hizo volverse alarmado al muchacho, que buscó con la mirada a quien pudiera haberlo causado, mas nada acertó a ver. Tomó la espada y, tambaleándose, se puso en pie, dispuesto a defender cara la piel. No pensaba entonces en grandezas que lograr ni cantares que protagonizar, sino en seguir de una pieza. La sola idea de que pudiese estar siendo acechado por alguno de aquellos hombres que se revolviera contra sus propios compañeros de armas le hizo estremecer. Temeroso, retrocedió y se adentró más aún en el arroyo, como si aquello pudiera servirle de algo en caso de peligro.

La maleza se agitó gravemente, emergiendo de ella una figura que fue directa hacia Sigfrido. Éste, harto sobresaltado pese a esperarse algo así, hizo ademán de alzar la espada sobre su cabeza con intención de descargar un golpe de desesperación, pero exhausto y con la visión nublada, cayó de inmediato de rodillas, colapsado. El arma, al no poder sostenerla, acabó sumergiéndose en el agua, que le cubría hasta la mediación de los entumecidos muslos en aquella pose en la que estaba. La cabeza, hundida en los hombros, apenas se sostenía, así que, moviendo lentamente los ojos, más cerrados que abiertos, fue a posarlos el joven sobre el intruso, al que ya tenía justo al lado. Valorquebrado hubiese querido oponerse, correr, arrastrarse al menos, mas desfallecido,

terminó por caer del todo hacia delante, a tiempo de ver cómo aquel extraño, al que oyó proferir lo que parecía un quejido, extendía los brazos hacia él. Ya caído aunque buscando seguir respirando, Sigfrido trató de mantener parte del rostro sobre la superficie del agua. Fue consciente en ese instante de que las difusas formas de aquél a cuyos pies se hallaba postrado, y que empezaba a tirar de él aferrando sus vestiduras, eran propias de alguien de no mucha estatura y escasa anchura que no daba muestras de poseer una gran fuerza, a juicio suyo, que no era demasiado en las circunstancias en que se hallaba.

Exánime, a punto de perder el sentido, Sigfrido recordó fugazmente aquellas misteriosas imágenes de seres fantásticos, en su gran mayoría entes demoniacos, que viera en el libro de Eladio. ¿En manos de quién o qué estaría?, se preguntó consternado.

Entonces, los ruidos enmudecieron y todo se oscureció.

## Capítulo 10

### 9. Lúcida.

Maravillada por el esplendor y la lozanía del bosque, Lúcida, una chiquilla de poco más de diez años y un singular modo de ver las cosas, discurría con calma entre la espesura, en cuya quietud hallaba especial regocijo. Solía apoyar la palma de cualquiera de sus pequeñas manos en los rugosos troncos de los árboles junto a los que pasaba, y allí, muy callada, permanecía quieta un instante, como si pretendiera hacerse una idea de lo que pudieran estar pensando o sintiendo tan majestuosas plantas, pues tenía la extraña certeza de que, además de aquellas virtudes, los habitantes de la foresta debían poseer la del habla, aunque a su modo, y quién sabe si alguna más, sin que los hombres, limitados en su comprensión y en muchas otras cuestiones, sino todas, fuesen capaces de apreciar ninguna de ellas.

Admiraba la chiquilla las formas de una haya, de cuya especie había muchos ejemplares alrededor suya, cuando, de súbito, reparó en la poca luz que al día iba quedándole. Se le hacía tarde. Y si bien nunca le había preocupado en demasía regresar a casa con sus viejos zapatos y los bajos de su vestido manchados de barro, lo que suponía escuchar las razonables quejas de su madre, la posibilidad de que, estando en el monte, pudiera sorprenderla la oscuridad, haría que la riña conllevara un severo castigo. Cierto es que aún disponía de algo de tiempo para estar de vuelta antes de verse alcanzada por las primeras sombras, pero no queriendo arriesgar sin una buena razón, optó por andar presurosa, coincidiendo su camino con una larga hilera de recios arbustos que crecían a su derecha, dispuestos así por capricho de la naturaleza, que nada deja al azar. Al poco, unos repentinos ruidos la alertaron sobremanera. Se detuvo confusa y prestó atención, suponiendo que debía tratarse de algún pesado animal que chapoteaba en un arroyo que había cercano y que ella bien conocía. Siendo de condición curiosa y un tanto audaz, se movió furtiva en la dirección del sonido y acechó en silencio desde unos matorrales, olvidando por completo el motivo por el que había recién emprendido la vuelta.

Y así fue cómo Lúcida vio a Sigfrido inclinado sobre el agua, de la que bebía con inusitada febrilidad. Poco caso hizo la niña del aguerrido aspecto de éste y de la espada que llevaba, la cual, el muchacho alzó sobre su cabeza en el mismo momento en que se supo observado. Y siguió sosteniéndola cuando la chiquilla, a la que no logró reconocer como tal, salió abruptamente de su escondrijo y se dirigió a paso vivo hacia él, lo que le encogió el corazón y provocó un notable sobresalto. Estando aún bajo el sombrío influjo de los horrores que había presenciado, y con la vista nublada por el agotamiento que padecía, Valorquebrado no pudo evitar percibir a la chiquilla como una terrible amenaza que se le venía

encima y de la que debía defenderse a toda costa.

Las descuidadas formas con las que obraba Lúcida encontraban explicación en la extraordinaria claridad con la que ésta había percibido la penuria y la escasez que acuciaban al joven, a quien quiso ofrecer su auxilio. Pasaba por alto, como niña que era, el enorme peligro que suponía sorprender de esa forma a alguien que va armado, más si es un desconocido y es presa de la desesperación. Por el contrario, en su candidez, la chiquilla había dado por sentado que aquel extraño se relajaría en el momento en que fuera consciente de que se le aproximaba una niña y no un forajido o algo peor, mas no ocurrió como esperaba, por lo que llegó a detenerse presa del desconcierto al ver que el arma continuaba siendo empuñada pese al tiempo transcurrido desde que decidiera dejarse ver. Casi en ese mismo instante, el muchacho acabó perdiendo su espada y fue al fin vencido por la extenuación, monstruo que, tarde o temprano, a todo rival derrota.

La chiquilla, conmovida, volvió a acercarse al joven, a quien trató de arrastrar fuera del arroyo, pero resultó ser demasiado pesado para sus jóvenes y débiles brazos. Aun así, lo movió como mejor pudo, hasta dejar el pálido rostro del desfallecido descansando sobre la orilla, librándole de esa forma de sufrir los nefastos males que le esperaban sumergido en el agua. Luego, a pesar del cansancio que le había ocasionado aquella tarea, Lúcida regresó al lugar donde el muchacho había tratado de afianzarse, dispuesto a vender cara su piel, y buscó la espada, hallándola en el turbio fondo. La sopesó y contempló con desagrado, pues sabía que era un instrumento de muerte, después volvió junto al cuerpo, teniendo intención de depositar el arma en el suelo, a muy poca distancia del lugar que ocupaban las inmóviles manos de éste, mas acabó concluyendo que mejor sería llevar la espada consigo, pues algo le decía que tentar por dos veces a la suerte en tan poco tiempo podría llevarla a ser presa del infortunio, depredador que siempre anda al acecho.

“Si no se hubiese desvanecido podría haberme partido en dos”, pensaba inquieta mientras caminaba. “¿Por qué tendría tanto miedo? ¿De qué?”, se preguntó intrigada a continuación.

Los pasos de la niña la condujeron hasta un edificio construido en madera que se alzaba en medio de un claro, y junto al cual discurría un sendero que se internaba en el hayedo, en ambas direcciones. Dicha construcción era una posada, regentada por los padres de la propia Lúcida, a la que ésta pretendía entrar sin ser vista no sabía cómo. Las voces, provenientes del interior, podían oírse desde fuera.

La puerta, sobre la cual había un letrero que sobresalía de la fachada, donde rezaba una leyenda con el nombre de la venta: “El Reposo”, se abrió abruptamente, dejando ver la hercúlea figura de un hombre de corta edad que salía al exterior cargando con algo sobre los hombros. La niña lo

reconoció al instante. Se trataba de Alonso, su único hermano, mayor que ella, a quien le afectaba un extraño mal que le limitaba el habla y que le hacía parecer un estúpido, cosa que en absoluto era cierta, pues, aunque ingenuo más allá de decir basta, poseía una extraordinaria memoria para ciertas cosas de su interés, que serían dignas del asombro de cualquiera, y un notable sentido de la lógica, además de una fuerza bruta con la que muy pocos hombres podrían rivalizar.

Lúcida retrocedió, ocultándose parcialmente en la linde de la foresta, y esperó a que Alonso estuviese a una distancia adecuada para llamarlo por su nombre.

—Mi buen hermano, querría que fueses a por una jarra de vino y un trozo de pan, o de queso, o ambas cosas juntas, y que me las trajeses aquí, que si entro yo a cogerlo me verá madre mojada y llena de barro y no me dejará hacer —le dijo cuando se acercó éste, desconcertado.

—Tarde. Castigo —dijo Alonso, con dificultad y preocupación. Trataba de advertir a su hermana, a la que apenas miró a los ojos en instantes muy fugaces.

La niña le mostró la vieja espada.

—Su dueño está en aprietos. Quizás quiera venir si le ayudamos. Podrías conocer al fin a un guerrero y escuchar sus historias, que alguna tendrá. ¿Me traerás lo que te he pedido?

Alonso, maravillado, asintió y se alejó. No tardó en volver con el vino y la comida. Pocas cosas apreciaba más que el que alguien le narrasen alguna aventura. Lúcida tomó lo que le era ofrecido sin hacer preguntas y volvió a internarse en la espesura, perdiéndose de la vista de su hermano, que dudó entre seguirla o quedarse donde estaba. La voz de su padre sonó desde detrás, llamándolo.

—¿A qué viene tanto salir, niño? ¡Vuelve aquí, que hay faena que atender! ¿Y Lúcida? ¿Dónde está tu hermana? Tu madre ya empieza a preocuparse.

—Bosque. Lúcida bosque. Viene. Va y viene —respondió él, gimiendo en el espacio que existe entre las palabras, pues pretendía hablar tal como sabía que debía hacerse, pero no podía.

Y el hijo obedeció a su padre, dispuesto a hacer lo que fuera que le mandase. A medio camino se detuvo y se giró sobre sus pies, creyendo percibir alguna inexplicable extrañeza que parecía provenir de la fronda. Se trataba de un gélido frío, muy similar al que desprende alguien que está profundamente enojado y que a duras penas logra mostrarse indiferente. Bien apreciaba Alonso aquellas sensaciones, distinguiéndolas

unas de otras, pues si cierto es que se mostraba incapaz de comprender el confuso lenguaje de los rostros, que siempre dicen algo pese a estar callados, no escapaban de su entendimiento los sentimientos más intensos que proyectaba la gente. Así venía sucediéndole desde que tenía uso de razón, su razón, por más que algunos no la comprendieran. Aquella agitación, sin embargo, era del todo nueva para él, y nunca antes había experimentado nada de una magnitud tan sobrecogedora.

—¡No te quedes ahí parado y entra de una vez, hombre!

Alonso no reaccionó al instante. Finalmente, convencido de que sería alguna de esas cosas que los demás llamaban idioteces suyas, que también las tenía, como cualquiera, regresó y cerró tras de sí, esperando que Lúcida no sufriera ningún contratiempo. Tuvo el impulso de decir algo a sus padres, pues, tras su inocua e inquietante impresión, dudaba si obraba bien manteniendo en secreto lo que pretendía llevar a cabo su hermana. Ellos no le entendían con la facilidad con la que ella lo hacía, pero siempre acababan comprendiendo si se mostraba insistente. Sin embargo, aquello supondría traicionar la confianza que Lúcida depositaba en su persona, y nadie más se atrevía a fiarse de él, un simple tonto, del modo en que ella lo hacía, permitiéndole sentirse alguien de cierta valía. Sería leal, concluyó. No diría nada, salvo que fuese cuestionado a tal efecto. No podría mentir entonces, ni siquiera por Lúcida. No, no podría mentir. En absoluto.

## Capítulo 11

### 10. Pan y vino.

Cuando Sigfrido volvió en sí, no lo hizo debatiéndose con bríos renovados, sino que seguía extenuado. Despertaba debido a la fría incomodidad que le producía yacer con la mayor parte del cuerpo sumergido en aquella apacible corriente de agua. Entonces recordó la difusa imagen que emergiera abruptamente de entre la maleza, y cómo caía él desvanecido, abandonado a su suerte. No le parecía, en cambio, haber recibido daño alguno, pues todo seguía donde y como debiera estar, para alivio suyo. Tembloroso, miró en derredor, mas se topó al momento y sin esperarlo con una vieja jarra de barro descascarillada, a sólo dos palmos de su sorprendido rostro, sobre la que descansaban un mendrugo de pan y un pedazo de queso, formando las tres cosas una única hilera ascendente. Confuso, no supo decirse si lo que veía era producto del hambre y el cansancio o piadosa realidad.

—Puedes comer y beber —dijo una juvenil voz, que parecía provenir de alguien que estaba a su lado.

Alertado, Sigfrido trató de incorporarse y echar mano a la espada, aunque sólo acertó a quedarse a gatas pese a su esfuerzo. Del arma nada supo.

—No busques tu acero, guerrero. No lo tienes —volvió a decir la voz, que Valorquebrado atribuyó a un niño al que buscó, mas acabó encontrando algo distinto; una niña, que con unos grandes y hermosos ojos marrones, llenos de vida, lo contemplaba con atención. Sus cabellos, negro azabache, caían largos y enmarañados sobre sus hombros. Y su blanquecino rostro era hermoso como puede serlo un despejado día primaveral, capaz de transmitir esa ilusión de la que tan lejos quedan aquellos a quienes los años y los pesares les han vuelto dueños de vidas grises y deslucidas. El bajo del verdoso vestido con el que la chiquilla se cubría, que le llegaba hasta casi los tobillos, estaba empapado y manchado de barro, al igual que los zapatos que calzaba, junto a los que yacía el arma, en la cual acabó la confusa mirada del joven, que trataba de comprender qué sucedía—. La he esgrimido durante un buen rato. Y tenía intención de seguir haciéndolo, pero es demasiado pesada y tardabas mucho en despertar, así que la he dejado en el suelo, aunque muy cerca de mí, por si tenía que empuñarla —dijo la chiquilla, refiriéndose al arma—. Come y bebe, que te hará bien.

Sigfrido hubiese querido decir algo, mas la necesidad le llevó a hacer caso del consejo de la niña. Gateó con lentitud hasta salir de la corriente y tomó lo que le era ofrecido, saciando el hambre y la sed. Y si el pan y el queso le supieron a gloria, no menos ocurrió con el vino, del que tiempo hacía que ni gota probaba. Se sintió reconfortado. Y no pudo evitar

conmoverse, pues veía en todo aquello un fino rayo de luz entre demasiada oscuridad. Permaneció sentado unos minutos, hasta que, creyendo haber recobrado algo de su ánimo, quiso hablar.

—Agradezco lo que haces —dijo sincero, aunque con voz débil.

—Pues a punto estuviste de darme con la espada antes —le recriminó la niña.

Sigfrido, consternado, bajó la mirada.

—Lo siento. Pensaba que podía ser otra cosa.

—Eso mismo supuse. Y por ese motivo he estado haciendo guardia, por si tenía que vérmelas con lo que sea que quisiera echarse sobre ti —explicó la chiquilla, que, acto seguido, se encogió de hombros—. No soy ninguna idiota, si es lo que opinas; sé que poco podría haber hecho si hubiese aparecido algún forajido o un oso hambriento. ¡Pero habría sido útil contra un zorro o alguna rata! ¡Menos es nada! —entonces se inclinó sobre el arma y la tomó entre sus manos, acercándola después a Sigfrido, a quien la ofreció—. La recogí en el arroyo. Tómala. La necesitarás para escoltarme y devolverme el favor que me debes —añadió, con una mezcla de ingenuidad y astucia. Luego, miró en derredor—. Ya oscurece. Apenas queda luz. Ven. Sígueme. En casa podrás secarte y pasar la noche bajo techo, o eso espero.

Sigfrido, sin decir nada, asió la espada y la usó de apoyo para poder levantarse. Y, aunque podía caminar, descubrió que le venía bien seguir valiéndose de ella como bastón, asentando su punta en la tierra y dejando caer el peso sobre la empuñadura, a la que se aferraba con ambas manos. Todo él estaba empapado, lo que le exasperaba, pese a ello, la suciedad y la sangre seguían en gran medida adheridas a su vestimenta, supuso que también a su rostro. La chiquilla lo condujo entre las hayas, volviéndose hacia él de cuando en cuando, aunque no había desconfianza en su mirada.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó contrariado—. Yo soy Sigfrido Valorquebrado, a tu servicio.

—¡Qué descortés he debido parecerme! Te pido disculpas, Sigfrido, por mi descuido de no presentarme. Me llamo Lúcida Menteclara —dijo la chiquilla, que se había girado nuevamente, esta vez contrariada, y dedicó al joven una graciosa reverencia. Después, siguió caminando.

—En absoluto pienso eso de ti —aseguró el muchacho, que estaba maravillado por la compasión y la bondad que la niña mostraba para con él. Sin embargo, no se le escapaba el detalle de que, pese a su inteligencia, que saltaba a la vista, Lúcida diese por sentado el hecho de

que al haber auxiliado a un desconocido comprometía a éste a corresponderle de la misma manera. Y, aunque así debiera ser, ignoraba en su infantil inocencia que no todos las personas son bien nacidas ni agradecidas. Tal reflexión llevó a Sigfrido a saberse con el poder de decidir el destino de ésta, pues muy confiadamente le había dado el arma antes y ahora la espalda, quedando enteramente a su merced. Turbado, se preguntó qué habría sucedido de haber sido otro quien ocupase su lugar en el arroyo, sospechando que la escena probablemente resultaría muy distinta de aquella. De súbito, a su mente acudió la imagen de Lúcida yaciendo mutilada en el agua, su pequeño cuerpo sádicamente ultrajado por un desalmado, como los muchos que había en la batalla de la que huyera. Dicha figuración le hizo estremecer. Y se horrorizó de sí mismo por haber formado tan horrible escena en su cabeza. Pensó en advertir a la niña de que no debía mostrarse demasiado considerada con los extraños, menos con quienes se ganaban la vida con las armas, pues en su mayoría eran gente de poco o ningún fiar, en su actual opinión. Pero tal exhortación podría hacer que ésta dudase de su persona y, amedrentada, se perdiera entre la espesura, dejándolo solo y extraviado, por lo que, sabiendo que ningún mal le haría él, optó con cierta mezquindad por guardar silencio, anhelando poder llegar de una vez donde era conducido y librarse al fin de su calada vestimenta.

Lúcida y Sigfrido alcanzaron el claro teniendo ya casi encima la noche. El muchacho, absorto, contemplaba la estructura de la posada cuando, de súbito, alguien salía de su interior portando un candil encendido con el que se procuraba luz. El hombre, un sujeto de mediana altura y considerable anchura, percibió de inmediato que no estaba solo, por lo que se detuvo y alzó el farolillo, tratando de ese modo de gozar de una mejor visibilidad.

—¡Lúcida! ¡Al fin! ¿Dónde has estado? Ya iba a buscarte —dijo, con alivio y enojo en la voz—. ¡Vas a matarnos a tu madre y a mí de un disgusto, niña! ¡Como si no tuviésemos ya bastante con tu hermano! —hubo un frío silencio en el momento en el que el hombre se fijó en el acompañante de la aludida—. ¿Quién es ése que va contigo?

—Su nombre es Sigfrido, padre. Es el motivo de mi tardanza y también de que haya vuelto sana y salva —dijo con astucia la cría, empleando un tono conciliador y suplicante—. Lo encontré maltrecho en el bosque, caído en el cauce del arroyo. Le ayudé y ha querido escoltarme hasta aquí como muestra de gratitud. Necesita hospedaje. Seguro que tiene historias que contar.

—Entra de una vez, que te vea tu madre y se tranquilice. No va a gustarle ver cómo llevas ese vestido. Y dile a Alonso que salga.

La niña obedeció a su padre, al que abrazó al llegar a su altura. Luego, le susurró algo al oído y prosiguió hacia el umbral de la puerta, que no tardó

en atravesar. El hombre, que llevaba sobre las ropas un viejo y sucio delantal, como era de rigor en su oficio, avanzó con timidez hacia el joven, a quien examinó con detenimiento a unos pasos de distancia. Su ánimo se oscureció bruscamente al ver el demacrado aspecto de éste y la espada sobre la que se apoyaba.

—¿Dejará que pase la noche bajo su techo, buen hombre? —preguntó Sigfrido, casi en un ruego. No se atrevía a acercarse, no fuese que causase el efecto contrario al que buscaba—. Sé que mi apariencia no le tranquiliza, pero le aseguro que no le ocasionaré problema alguno. Que su hija haya vuelto sin un solo rasguño es la viva prueba de que no albergó malas intenciones —añadió entonces, sorprendiéndose a sí mismo, pues no había pensado en nada concreto que decir.

Alonso llegó en ese preciso momento, yendo a detenerse junto a su padre. Sus ojos fueron a posarse con sorpresa y fascinación en el desfalleciente intruso, que, a su vez, quedó perplejo con la colosal figura del hermano de Lúcida.

—¿Tengo tu palabra de que respetarás las normas de mi casa si me muestro hospitalario contigo? —preguntó con aspereza el posadero, que parecía más confiado ahora que contaba con la notable presencia de su hijo.

—Que los demonios se me lleven si falto a ella. —respondió Sigfrido, llevándose la diestra al corazón en clara señal de que pensaba cumplir con lo dicho.

—Pasa pues, muchacho. Esta noche tendrás un techo sobre tu cabeza.

Al oír aquello, el joven casi se tambalea. Su entrada en El Reposo fue recibida por el silencio y la estupefacción de los pocos parroquianos que aún quedaban en su amplio salón, repleto de largas mesas flanqueadas por hoscas bancadas carentes de respaldo. Sigfrido se acercó lentamente al fuego del hogar, y, dejando caer la espada, pues ni fuerzas tenía ya para apoyarla en la pared, extendió las manos hacia las llamas ansiando aplacar su frío con el confortable calor que éstas desprendían. No quiso comer e insistió educadamente en descansar. Fue conducido entonces a una estrecha alcoba, ofreciéndosele además ropa seca.

—Yo cuidaré de lavar tus prendas y sacarle tanto lustre como pueda a tu armadura. Parece muy vieja. Tendré cuidado con ella —dijo la madre de Lucida, que, ateniéndose a lo que sabía, que era lo mismo que a todos se había contado, se mostraba muy agradecida a Sigfrido por haberle regresado a su hija sana y salva.

Ya a solas, Valorquebrado, acomodado en la cama, la primera sobre la que se echaba en toda su vida, y que no le pareció merecedora de la

celebridad que se les brindaba a las de su tipo, pues nada tenía que envidiarle un buen montón de paja, fue cayendo en un profundo sueño del que, tal como venía sucediéndole desde hacía días, despertaría aterrado horas después. En esta ocasión, Eladio, con el rostro monstruosamente desfigurado y una mirada cargada de odio, le hundía una lanza en su vientre. Y el libro, que yacía abierto a sus pies sobre un suelo ennegrecido en el que ninguna hierba crecía, parecía recibir satisfecho su sangre.

Desbordado por el miedo y la culpabilidad, sensación esta última que parecía haber arraigado en sus honduras, Sigfrido no volvió a conciliar el sueño.

## Capítulo 12

### 11. El Olvido.

A pesar de la buena fe con la que había obrado, Lúcida, ya con ropa limpia, fue reñida con severidad, algo que en cierto modo esperaba. En opinión de sus padres, que antes habían mandado a dormir a Alonso para evitar que presenciase aquella escena, se había expuesto más de lo necesario, y le insistieron una y otra vez en que lo correcto habría sido pedirles ayuda y no actuar a solas.

—¡A estas horas y en el bosque! ¡No quiero ni pensar qué habría podido pasarte si ese hombre hubiese sido un mal nacido! —le reprendió su madre—. ¿Cómo no viste el peligro? Tan inteligente eres para unas cosas como boba lo eres para otras. No parece que aprendas. ¡Y no hablemos del vestido, perdido de barro! Me obligarás a atarte a una mesa para que pueda estar tranquila, aunque sólo sea por un rato.

Lúcida, indignada, quiso responder alegando que, salvo el momento en que Sigfrido alzase su arma, no se había sentido amenazada en ningún otro instante, aunque prefirió reservarse tal dato por temor a empeorar las cosas. Y si bien comprendía, aunque sólo en parte, que no era más que una niña a la que mucho le quedaba por aprender, se sintió injustamente tratada, pues no había sino socorrido a alguien que estaba en apuros, en cuyo rostro no halló indicio alguno de vileza.

Su madre, ahora en silencio y menos sulfurada, pues había liberado algo de tensión, la miraba pensativa. No podía evitar ver más defecto que virtud en la magnanimidad de su hija, condición que, junto a su corta edad, le impedía en ocasiones discernir entre la bondad y la maldad que suele habitar el interior de la gente, aunque nadie hay que, siendo lo que se dice normal, deba ser llamado santo ni demonio, pues ambas cosas puede ser el hombre aun en un mismo día, por más recto o torcido que sea tenido. La mujer llevaba tiempo preguntándose si su pequeña lograría desarrollar cierta suspicacia a ese respecto, pero seguía sin percibir avance alguno, para lamento suyo. Su marido, que tan sólo se centraba en mantener a flote el negocio, parecía no dar la menor importancia a esta cuestión y delegaba toda responsabilidad en su esposa, lo que abría una honda brecha en la ya de por sí maltrecha relación entre ambos. Por su parte, Lúcida, dolida por estar siendo reprendida por lo que ella entendía que era hacer el bien, retuvo una nueva protesta cuando ya estaba a punto estuvo de asomar de entre sus labios, no fuese que acabara desvelando sin pretenderlo que, tras ver por primera vez a Sigfrido, había vuelto a casa para, después, regresar junto a él ofreciéndole comida y bebida, lo que, sospechaba, no sería bien recibido

por sus progenitores.

—¡Basta por esta noche! Tu madre y yo meditemos un castigo. Te será revelado mañana —sentenció su padre, al que le costaba contener su enojo, en parte, quizás, debido al cansancio acumulado a lo largo del día—. Mientras tanto te encargarás de barrer el salón antes de irte a dormir.

No quedaba ya nadie en la posada, por lo que, cuando sus padres se fueron, Lúcida quedó sola y triste. Así, estando abatida, se sumió en sus propios pensamientos, que eran un tanto singulares. Reaccionó apenas un instante después, como despertando repentinamente de algún sueño, y fue en busca de una escoba con la que comenzó a barrer el solitario salón, tal como le había sido mandado. Sin estar demasiado pendiente de lo que hacía, pues no encontraba en ello pasión, se topó con una jarra de barro, muy similar a la que llevase a Sigfrido, que estaba volcada bajo una de las mesas. Suspiró resignada y se inclinó sobre el recipiente, el cual tomó con idea de lavar y poner a secar cuando, de súbito, sintió cómo se precipitaban los latidos de su corazón; había olvidado retornar consigo aquel donde vertiese el vino que bebiera el muchacho, que debía estar yaciendo a orillas del arroyo. No obstante, no fue ese recuerdo lo que la perturbó, sino que, a raíz de él, le vino a la memoria la imagen de un yelmo abandonado junto al pichel, sufriendo ambas cosas el mismo infortunio. Poca importancia tenía una jarra, de las cuales había muchas almacenadas y raro era el día que no se rompía alguna; nadie echaría en falta la que se había extraviado. El bacinete, en cambio, suponía una cuestión muy distinta, pues debía ser de gran relevancia para su dueño, dedicado por entero, según lo entendía ella, al oficio de las armas. Lúcida se sintió responsable de tal desaguizado, y de buena gana lo habría arreglado, mas eso suponía salir en busca del objeto, y no se atrevía a abandonar el hogar cuando la noche campaba a sus anchas por el mundo. Al acabar sus obligaciones, teniendo la mente puesta en dicho asunto, se dirigió a su alcoba. Al acostarse, ya había resuelto que saldría hacia el arroyo al amanecer y que trataría de estar de vuelta lo antes posible, a tiempo de evitar que sus padres supiesen de lo hecho y recibir de labios de éstos la penitencia que habría de cumplir por su actuación de esa tarde, lo que le hizo experimentar una punzada de rabia. “No están siendo justos”, se dijo. Por ello, no le resultó fácil conciliar el sueño, que fue de veras inquietante y siniestro.

Como escuchada por la providencia, Lúcida Menteclara abrió los ojos en el momento preciso. Apenas se dejó querer por las comodidades del lecho, el cual abandonó de un brinco con envidiable presteza. Su determinación, lejos de haberse suavizado, parecía haberse vuelto más sólida. No flaquearía pese a la penumbra previa a la llegada de los primeros rayos que anunciaban el nuevo día. Se abrigó convenientemente, calzó sus pies, y encendió un candil que asió con la diestra. Entonces abandonó en silencio su pequeño cuarto y bajó al salón, que seguía tan deshabitado

como lo había dejado después de barrerlo, y se acercó a la puerta, que desatrancó y abrió cuidadosamente. Al igual que le sucediera a Sigfrido cuando saliese de casa días atrás, Lúcida fue recibida por la oscuridad, mas la voluntad de ésta, pese a no ser inquebrantable, era mucho más fuerte que la del soñador muchacho, por lo que, naturalmente, aunque se sintió tambalear, se recompuso pronto y avanzó hacia los árboles, adentrándose en ellos con la respiración contenida y la atención puesta en todas partes, pues temía lo que pudiera surgir de entre las opacas sombras que la rodeaban.

El sonido de sus dubitativos pasos rompían el sepulcral silencio, aunque en ocasiones Lúcida era capaz de percibir otros ruidos, extraños para ella, que le encogían el corazón y le hacían detenerse, necesitando hallar nuevas fuerzas para seguir. Nunca retrocedió pese a su miedo, lo que es meritorio y digno de reconocimiento. Al fin, mostrando una gran determinación, alcanzó el arroyo. Había oído el murmullo del agua al fluir desde muy atrás, lo que le sirvió de guía. Una vez allí, buscó por el suelo con contenida agitación, mas sólo encontraba piedras y vegetación. No sabiendo a ciencia cierta si se hallaba en el lugar exacto, que la negrura todo lo confunde, caminó con cautela sin perder de vista el terreno, lo que la llevó a vislumbrar la jarra, que se encontraba, tal como sospechaba, muy cerca del tranquilo y liviano cauce. Tentada estuvo de cogerla, pero, pensándolo mejor, la dejó donde estaba y siguió husmeando, hasta que, al poco, dio con el yelmo, al que en principio había confundido con una notable roca. Lo contempló con una mezcla de asombro y alivio y se hizo con él, sintiendo el desagrado que producía en su mano el intenso frío del metal, que le arrancó un leve quejido que escapó de su control, pues habría preferido continuar en silencio.

Coqueteaba con la idea de cubrir su cabeza con el reciente hallazgo, que, repentinamente, advirtió una suerte de agitación que pareció sacudir sus sentidos. Nunca antes había apreciado nada similar, por lo que fue presa de un total desconcierto. Tras un confuso momento de angustia, pese a no ver ni oír nada a su alrededor, tuvo la extraña sensación de no estar sola y la inexplicable certeza de que le rondaba un abominable mal. Aterrada, corrió hacia la maleza, donde encontró refugio, y con presteza apagó la linterna, permaneciendo muy quieta y tratando de aplacar su respiración, que era entonces demasiado pesada y cabía la posibilidad de que pudiera delatarla, lo que sería terrible.

Un instante después, totalmente a oscuras y con el alma en vilo, Lúcida, aterrorizada, escuchó cómo algo se adentraba descuidadamente en las aguas del arroyo. Parecía provenir de la otra orilla, y no tuvo la impresión de que pudiera pertenecer a su misma especie ni a ninguna otra que ella conociera, a juzgar por los gemidos y lamentos que profería. Aquella presencia, pese a ser extraordinariamente notoria, carecía de ese carácter invisible que acompaña a cualquier ser a donde vaya y que advierte de su inmediata proximidad a quien ande cerca sin necesidad de ser visto.

Lúcida llamaba a esa energía calor por habérselo contado así su madre, y lo que sentía en ese momento, teniendo en cuenta lo expuesto, se asemejaba más a una suerte de escalofriante helor, lo que le producía pavor.

Los pasos evidenciaron que lo que fuese había cruzado el arroyo y que se encontraba ahora en el lado que ocupaba la niña. Un instante después, la quietud del agua volvió a ser perturbada por distintos lugares, haciendo sospechar a Lúcida que había más seres como aquél en las inmediaciones. Todos, si es que era cierto que no se trataba sólo de uno, parecieron detenerse al alcanzar el extremo en el que se hallaba el primero, y la chiquilla, que tan sólo deseaba despertar y decirse que aquello no era más que una pesadilla, se preguntó si serían esas cosas las mismas que había temido ver llegar Sigfrido cuando fuera ella a socorrerlo, que bien asustado se había mostrado entonces.

Un grito espeluznante, donde parecían convivir muchas voces, se dejó sentir inesperadamente. Lúcida, sollozando y con la voluntad vencida, incapaz de pensar, rompió a correr a ciegas tan rápido como pudo.